Cuentos Nuevos

Christoph von Schmid

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7007

Título: Cuentos Nuevos
Autor: Christoph von Schmid
Etiquetas: Cuentos infantiles, colección

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 23 de octubre de 2021
Fecha de modificación: 23 de octubre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

La capilla del bosque

Habiendo terminado su aprendizaje de calderero un joven sano y vigoroso, llamado Conrado Erliebe, tomó el partido de viajar por espacio de tres años, á fin de perfeccionarse en su profesión.

Vestía sencillo, pero decentemente; y echada á las espaldas su maleta, y apoyándose en su palo á modo de peregrino, emprendió alegremente su viaje. Hacía ya algunas horas qué estaba caminando, á pesar de ser un día caluroso de verano, cuando se encontró de repente en el corazón de un espeso bosque.

En vano procuró dejarlo; bien pronto quedó perdido enteramente; vagó por largo tiempo á la ventura, sin que pudiese encontrar el menor rastro de camino. El sol iba á ocultarse en las próximas montañas, é iba ya Conrado á entregarse á la inquietud y la tristeza, cuando advirtió á lo lejos el campanario de una capillita que se levantaba por sobre de unos melancólicos abetos, y al cual tocaban todavía los últimos rayos del sol. Tomó aquella dirección y en breve dió con un camino que le condujo al pie de la capilla, situada sobre una eminencia coronada de fresco verdor.

A su vista, recordó Conrado los consejos de su padre, que acostumbraba decirle: «Hijo mío; si está en tu mano, jamás pases por una capilla abierta, sin entrar y orar en ella. Piensa que ha sido construida para servir la adoración de Dios; y que su elevado campanario es para nosotros á la manera de un dedo que nos muestra el cielo. Cómo podrías, pues, pasar por alto ninguna ocasión de levantar tu alma á Dios y arrodillarte en la presencia de nuestro bienhechor supremo? Un cuadro que llame tu atención; una sentencia que leas por

curiosidad, pueden inspirarte, sin que tú lo adviertas, valor y una santa confianza, y hacer que nazcan en tí las más santas resoluciones».

Recorriendo en su memoria estas palabras de un padre respetado y tiernamente amado, entró Conrado en la capilla cuya puerta encontró abierta. Al aspecto de aquella bóveda sombría, de aquellas paredes ennegrecidas por el tiempo, de aquellas ventanas estrechas y adornadas de cristales redondeados, y de aquel antiquísimo altar, el joven se creyó por un instante transportado á una multitud de siglos de distancia.

El profundo silencio que reinaba en aquel lugar consagrado á Dios, convidaba al recogimiento. Conrado se arrodilló junto á la puerta, y dirigió á Dios una oración fervorosa. Antes de cargar otra vez con su maleta, se acercó al altar á fin de contemplar cómodamente un retablo que le había llamado la atención y al levantarse, observó en un banco un libro pequeñito de oración, muy bello, encuadernado en chagrín encarnado y broches dorados. Lo cogió, lo abrió, y, cual fué su admiración al encontrar en la primera página su nombre escrito de su propio puño! Le parecía soñar, y no podía dar crédito á sus ojos.

Recorrió el libro. La primera lámina representaba el Salvador, bendiciendo á los niños; algunas oraciones y sentencias que leyó rápidamente, le parecieron cosas conocidas; y vinieron juntas á renovar sus memorias. «Ya lo veo,—exclamó profundamente conmovido;—este libro en otro tiempo me perteneció; yo mismo escribí este nombre: es el mismo carácter de letra que tuve yo en mi infancia. Pero como ha venido á parar á esta capilla aislada, y en medio de este espeso bosque? Esto es lo que no concibo».

Mil recuerdos de su infancia se despertaron en su alma; un ardiente deseo de ver á su familia, ó á lo menos saber noticias de aquellos que le son queridos, se apoderó de su corazón y rodaron por sus mejillas una abundancia de

abrasadoras lágrimas.

«Dios mío,—dijo finalmente,—y qué buenos padres me habéis dado! qué hermosos días habíamos antes pasado, mi hermana y yo, en la casa paterna! Cuán dichoso era yo junto á mi buena y tierna madre cuando sentada junto á su velador nos llamaba á su lado y nos hablaba de vos y de vuestro amado Hijo; cuando nuestro excelente padre, después de haber consagrado el día á sus deberes, descansaba por la noche refiriéndonos historias agradables é instructivas; cuando mi hermanita y yo nos reuníamos en el precioso jardín de nuestra casa, ó nos divertíamos en cultivarlo en presencia de nuestros padres, que se creían dichosos con nuestra alegría infantil! Pero ay! hace mucho tiempo, que una malhadada guerra nos ha arrancado de nuestra querida patria, y nos ha puesto á larga distancia los unos de los otros. Tiempo hace ya que nuestra buena madre murió sumergida en la miseria, y sus benditas manos que me entregaron un día este librito, están secas ahora en el sepulcro. Una porción de años ha que no tengo noticias de mi padre; y quizás el dolor le ha conducido á una muerte prematura.

»Y mi pobre hermanita, dónde estará vagando en este instante? Es ó no es feliz? Vive todavía? Todo absolutamente lo ignoro. Apartado de aquellos que están en mi corazón, ando aislado y errante por el mundo. Sólo vos, oh Dios omnipotente! conocéis la suerte de aquellos que aun viven. Ay de mí! si á lo menos uno de ellos existe todavía, conducidlo á mis brazos. Tened piedad de mí, oh Dios de misericordia; atended á los ruegos que os dirigió mí padre el día que le ví por la postrera vez, y realizad la bendición que, lleno de confianza en vos, invocó sobre mi cabeza en el momento en que me dejó».

De esta suerte continuó Conrado rogando largo tiempo. Por último, levantándose añadió:—«No me atrevo á marchar con este libro; no sé si puedo considerarlo ahora como mío. Probablemente se lo habrá olvidado alguien en este sitio, y de seguro vendrá á buscarlo antes que llegue la noche. Mejor

será que aguarde aquí; por este medio, podré tal vez adquirir conocimientos que me serán de provecho».

Ocupado en estos pensamientos, sentóse en un extremo de la capilla, y se entretuvo en hojear el libro. Pocos instantes se habrían pasado cuando entró una joven como de unos diez y seis años de edad, de aspecto fino, y porte decente y modesto. Acercándose al altar se inclinó respetuosamente, y exhalando un profundo suspiro dijo en alta voz.—«Cuánta pena me causa, Dios mío, el haberlo perdido! era lo que yo más amaba, y nada más me queda para consolarme!»

Ya estaba disponiéndose á salir de la capilla, cuando Conrado, en quien no había advertido, se le acercó impetuosamente con el devocionario entre sus manos, y le dijo:—Ha perdido usted este libro, señorita?

—Sí,—le contestó con alegría,—en la primera, hoja están escritas estas dos palabras: Conrado Erliebe.

—Parece que tiene para V. mucho valor,—dijo Conrado,—Tendría V. inconveniente en decirme el por qué? Conozco el nombre de Conrado Erliebe, y podré darle á V. noticias suyas.

—Oh! Si pudiera V. hacerlo,—contestó la joven,—me haría un grande beneficio. Me intereso en extremo por Conrado Erliebe: muchos pasajeros me han asegurado haberle visto en tal ó cual parte; pero por desgracia nunca he podido ver confirmadas sus noticias. No obstante, bueno será que le refiera á V. una parte de mi historia; tal vez por este medio comprenderá V. si es el mismo Erliebe de que hablamos.

«Mi padre estaba empleado en el otro lado del Rhin. Vino la guerra; el país quedó al dominio de los enemigos, y tuvimos que abandonar nuestra patria. Su principal, que había perdido también todo cuanto poseía, estaba muy distante de poder hacer cosa alguna en su favor. Nuestra posición se fué haciendo cada día más penosa. Figúrese V. cuánto afligió esta

pérdida á mi padre! Solo con dos niños, mi hermano y yo, le había de ser muy difícil continuar su viaje en busca de un nuevo empleo. Un vecino del pueblo en que murió mi madre, de oficio calderero y que no tenía hijos, le ofreció encargarse de mi hermano hasta que fuera de edad correspondiente para que pudiese buscarse lo necesario para la vida. Mi padre y yo continuamos nuestro camino. Fuímos lejos, muy lejos; mas de repente cae mi padre enfermo, y muere á los pocos días. Tenía yo entonces únicamente seis años, y no podía conocer toda la gravedad de esta pérdida. Una buena y caritativa mujer, viuda de un honrado menestral, se compadeció de mí y quiso admitirme en su casa. Diez años hace ya que murió mi padre, y todavía nada he podido saber de mi hermano. La misma noche que murió mi padre, suplicó al mesonero que nos tenía alojados, que diese á conocer su muerte á su hijo; que le enviara su bendición, y suplicase al bondadoso calderero que se dignara ser el apoyo del pobre huérfano. Apesar de su extremada flaqueza, este buen padre quiso escribir por sí mismo el nombre de la población y el del calderero que se había encargado de su hijo. Pero por desgracia ese papel se perdió, por culpa de una imprudente criada, que no sabiendo la importancia que tenía, lo tiró al fuego como una cosa inútil. Dios mío! cuántas veces he soñado yo con mi hermano! Nos informamos inútilmente por todas partes, y nunca produjeron fruto alguno las investigaciones que practicamos. Todo lo que tengo de él, consiste en este libro que V. ve; que aunque no lo he recibido de su mano, lo conservo no obstante como un recuerdo precioso y estimable».

Conrado, arrasados en lágrimas sus ojos y manifiestamente conmovido, exclamó:—Dios mío! y cuán admirables son vuestros caminos! amable joven, no te llamas Luisa?

—Sí,—contestó la joven admirada;—me llamo Luisa Erliebe.

—Pues bien,—dijo Conrado:—mírame y déjame estrechar tu mano. Estas dos palabras fueron escritas por mí: éste es mí nombre: yo soy Conrado, tu hermano.

Luisa escuchaba fuera de sí misma. Este encuentro inesperado la conmovió fuertemente, y Conrado experimentó una sensación igual á la de su hermana. Finalmente, derramando los dos una abundancia de lágrimas de gozo, y penetrados de un sentimiento religioso, bendijeron á la Providencia que les había reunido cuando menos lo esperaban.

Cuando se hubieron sosegado un tanto los primeros transportes de alegría y estuvieron calmados sus espíritus, Conrado continuó:—Oh mi buena y tierna hermana! todavía me acuerdo de aquel instante en que nos despedimos. Una familia extraña y de posición que huía como nosotros del enemigo, invitó á mi padre que le hiciera subir en su carruaje hasta el pueblo más cercano: el cual viéndote abatida de cansancio, aceptó esta oferta generosa, y resolvió continuar andando. Me parece todavía contemplar la alegría que tuviste con la idea de subir en un lujoso coche; y cuán amargamente yo lloré, viéndote alejar de nosotros con tanta rapidez. Entonces eras muy pequeñita; y cómo has crecido después: qué dicha es la mía en haberte encontrado tan fresca y tan robusta! No te hubiera jamás reconocido, hermana mía, Bendito sea Dios, que por fin ha hecho que nos encontráramos!

«Pero, ay!—añadió:—mi corazón esta poseído de muy diversos sentimientos: la alegría de haberte encontrado, y la tristeza de conocer que mis presentimientos estaban muy fundados, cuando hace tiempo ya lloraba la muerte de mi padre; todas estas cosas me agitan y me oprimen á la vez. No podrás comprender, her mana mía, la continua aflicción que me causa el no recibir noticia alguna de mi padre. El honrado artesano á quien me había confiado, me enseñó su profesión. Pero cuántas veces tuve que comprimir en mi corazón los más penosos sentimientos oyendo cómo por todas partes ultrajaban al buen calderero por haber tenido la debilidad de recogerme! Mi padre, decían que no había deseado otra cosa más que desprenderse de mí: que me había abandonado, y jamás mi protector se vería reparado

de los gastos que yo le ocasionaba.

Frecuentemente tenía que escuchar yo estas palabras; pero jamás perdí la confianza que tenía puesta en mi padre. Cómo podría haber dudado de su rectitud y de su cariño? Tú misma sabes cuán bueno era y compasivo.

—Quién puede saberlo mejor que yo?—replicó Luisa.—Jamás podré olvidar el momento de su muerte. En medio de la noche me llamó junto á su cama; y cuán penetrantes fueron sus últimas palabras!... me parece todavía escuchar de sus labios moribundos la bendición que salía para nosotros dos. Su cara expresaba la piedad y concentración del alma; parecía como que no perteneciese ya á la tierra: oh! sí! la vista de esta separación dolorosa estará siempre ante mis ojos.

—Ahora mismo, cuando entré en esta capilla,—añadió Conrado,—el recuerdo de mi buen padre se ha despertado en mí de un modo el más activo: me parecía ver aun su rostro venerable, la palidez de todo su semblante, sus ojos cayendo sobre mí con tan grande emoción como tristeza. Un buen número de años han pasado: pero no se ha escapado de mi memoria la menor de aquellas circunstancias. Mi padre emprendió el camino muy de madrugada: yo le acompañé hasta el pueblo más cercano. Estábamos enfrente de una iglesia cuya puerta habían dejado abierta. «No pases nunca,—me dijo,—delante de un lugar consagrado al Señor, sin que te detengas en él». Entramos allá los dos. La iglesia estaba solitaria. Mi padre se arrodilló delante del altar, y oró con gran recogimiento; yo imité el ejemplo que me daba. Brotaban de nuestros ojos muy abundantes lágrimas. Por último se levantó, y me dijo de esta suerte: «Mi querido Conrado: acabo de encomendarte á Dios, lo mismo que á mi buena Luisa: os pongo confiado en sus adorables manos». Después me exhortó á permanecer siempre en la presencia de Dios, á observar constantemente los preceptos de su hijo santísimo Jesús, y á no acceder jamás á las instigaciones del maligno espíritu. «Seguramente,—añadió,—que mi vida será

de muy corta duración, y que me ves ahora por la última vez. Graba en tu corazón mis últimos consejos, y no dejes de ser el sostén de tu hermana, y de partir con ella el fruto de tu trabajo. Dame la mano, Conrado: prometes practicarlo así?

«Por último: hizo que me pusiera de rodillas, miró con fervor al cielo, y me dió su bendición. El mismo me levantó, me estrechó tiernamente contra su corazón, me dió el poco dinero de que podía disponer, y profirió temblando estas palabras: «Que el Señor no te abandone jamás».

«Al salir de la iglesia, sus ojos henchidos por las lágrimas se entretuvieron todavía con ternura sobre mí, y añadió sollozando: «Vive de manera que podamos vernos un día reunidos en el cielo». Y se alejó velozmente, desapareciendo al volver de la iglesia. No he podido verle más desde entonces. Cuando entré en esta capilla solitaria, se me ofrecieron de nuevo al pensamiento estas palabras de un adiós tan triste. Se retrató en mi memoria la oración fervorosa que dirigió mi padre en la iglesia de aquel pueblo al despedirse de mí, y me pareció verle todavía arrodillado delante del altar. He derramado lágrimas amargas, y he rogado á Dios que me diese á conocer lo que había sido de vosotros.

«Oh! Dichoso me siento al considerar que mi buen padre no se olvidó de mí! que en el mismo instante de su muerte pensó todavía en mí, y que bendijo á sus dos hijos!

—Oh padre mío! mi bondadoso padre,—exclamó la joven anegada en lágrimas;—ahora estás en el cielo, y tu bendición desciende visiblemente sobre tus dos hijos. Sí, hermano mío, son admirables los caminos del Señor. Sus hijos vienen á encontrarse junto á su altar sagrado. Dios, que lo dirige todo, ha escuchado la oración que nuestro padre le hizo desde la iglesia del pueblo, y ha también atendido á las voces que le dirigías desde esta capilla en que nos encontramos. Ven pues, querido Conrado: postrémonos delante de este altar, y demos gracias á Dios de que por fin se haya dignado

querernos reunir.

Los dos hermanos se pusieron de rodillas y derramando lágrimas de gozo, dieron fervorosamente las gracias al Señor.

—Ahora bien,—dijo Conrado:—dime, querida Luisa, cómo ha sido que te haya encontrado aquí y cómo te atreves á venir sola á este espeso bosque?

—No estamos tan internados en la soledad como tú crees,—le repuso Luisa;—casi tocamos con la salida del bosque, y este camino es muy frecuentado. Esta capilla es mi sitio predilecto; durante la primavera y el verano, cuando el cielo está despejado, es este mi paseo favorito en los domingos; y los otros de entre semana venero también con frecuencia luego de haber terminado mis obligaciones. El camino que conduce aquí es agradable en extremo. Se anda perfectamente á la sombra de estos hermosos árboles. Una de mis amigas, hija de un hombre respetado por todos los de esta comarca, tiene la costumbre de acompañarme; pero hoy se lo han impedido sus ocupaciones, y á esto debes el haberme encontrado sola aquí. Este librito, que es el que prefiero sobre todos mis devocionarios, no se aparta jamas de mí; y casi casi, lo tengo ya enteramente en la memoria. En esta capilla, suspiraba muchas veces por tí y suplicaba á Dios que te volviese á entregar á mi ternura; y ahora mismo acaba de concederme lo que le pedía. Este libro lo olvidé por casualidad aquí; pero Dios se ha servido de este medio para darme un hermano tiernamente amado. Ya lo ves; á él soy deudora de la dicha que gusto en este instante.

—Yo también,—replicó Conrado,—estaba sumamente inquieto viéndome extraviado por el bosque; y cabalmente á esta circunstancia debo nuestro feliz encuentro. Así es cómo sabe Dios convertir nuestras penas en manantiales de alegría. Pero, en dónde vives, mi querida hermana?

—Muy cerca de aquí, á la otra parte de esta pequeña colina, en la villa de Schenborn, allí vive la apreciable mujer que me

adoptó! Es viuda y no tiene hijos; y su esposo era un rico negociante. Me quiere entrañablemente, y me trata como si fuera su hija. Pero vamos á alegrarla; yo llevaré tu maleta, porque debes estar muy fatigado. Vente conmigo: mi madre adoptiva tendrá mucha alegría viendo al hermano sobre cuya suerte había compartido con frecuencia mis inquietudes.

Y se pusieron en marcha, á pesar de la fatiga que sufría Conrado, no quiso de ningún modo que su hermana cargara con la maleta. Andando tranquilamente, llegaron pronto á la villa y á la bonita casa en que vivía Luisa. La buena mujer quedó altamente sorprendida al notar que venía con un forastero; pero fué grande su contento, cuando supo que aquel joven era el hermano de su querida Luisa; y se admiraba más y más á cada instante, por lo extraordinario y singular de aquel encuentro.

Rodeáronles una multitud de curiosos, y uno entre ellos no pudo menos que decir:—«No hay duda, esto es el hermano de Luisa; mirad cuán parecidos son». Otros había, más desconfiados, que sacudiendo la cabeza murmuraban diciendo que no podía darse crédito á las palabras de un desconocido. Pero pronto se desvanecieron todas las dudas; porque Conrado, abriendo su cartera, les enseñó su certificación de aprendizaje, la libreta de empadronamiento y un testimonio de su buena conducta, firmado por el cura párroco del pueblo.

La buena mujer lloraba de gozo, al referirle el modo cas; milagroso como se encontraron el hermano con su hermana.

—Hasta ahora,—dijo,—tenía destinada mi casa para Luisa: y será suya, con tal que continúe siendo buena y discreta como lo ha sido hasta ahora; si procura no parecerse esas jóvenes atolondradas, que, libres en sus maneras y en su conducta, no piensan en otra cosa que en adornarse, y tal vez en otros placeres aun más peligrosas. Pero quiero hacer por tí también alguna cosa, mi querido Conrado. Al darme Dios las riquezas, me ha impuesto la obligación de hacer felices á mis hermanos, y me ha facilitado los medios para eso. Hace

algunos meses que murió el calderero que teníamos en la villa; y su casa está puesta en venía: yo la compraré para tí, mientras des á conocer que eres capaz de desempeñar aquella obligación.

Estas últimas palabras fueron proferirlas en presencia de algunas otras personas, en poco tiempo, algunos de los parientes de la generosa viuda, ricos, pero extremadamente interesados, vinieron á hacerle la corte, y procuraron apartarla de su resolución; pero fué todo inútilmente. Gracias á su bienhechora, Conrado vino á ser en breve uno de los artesanos tenidos en más consideración en coda la comarca. Contribuyó también á su bienestar, un matrimonio que hizo ventajoso bajo todos conceptos. Por su parte Luisa casó también con un hombre de honrosas circunstancias, y encontró en esta unión la felicidad á que la hacían acreedora sus virtudes.

No echó en olvido Conrado lo mucho que debía al amo que le había instruído. No se contentó en escribirle cartas llenas de reconocimiento; sino que quiso manifestarle con las obras la grandeza de su gratitud. Supo que aquel excelente hombre, debilitado por la edad no podía ya trabajar; que habiendo muerto su esposa vivía solo, privado de los cuidados que necesitaba en su vejez; que por efectos de la guerra halda perdido todos sus bienes y se encontraba en una situación muy precaria; y así fué: que sin consultar nada más que los impulsos en su corazón, se puso inmediatamente en camino. Llevó consigo á su casa al antiguo calderero, y le trató con tanto respeto, amor y deferencia, como si hubiese sido su propio padre.

Luisa se condujo asimismo como una tierna hija respecto á su madre adoptiva. Los dos viejos se complacían en repetir frecuentemente: «El Señor no ha querido darnos hijos; pero estos que hemos adoptado nos hacen tan felices como si nos pertenecieran por los lazos de la sangre. No podemos desear más cuidados de los que nos prodigan, ni más placeres que los que nos procuran».

Conrado y su hermana mandaron de acordé restaurar la antigua capilla del bosque; y plantaron cuatro tilos sobre la colina en que estaba edificada.

Mandaron limpiar también el antiguo retablo, que era muy bueno, y cuyos colores estaban debilitados por la acción del tiempo. Un hábil pintor, que supo conocer su mérito, se encargó de restaurarlo, y desde entonces vino á ser la admiración de cuantos lo contemplaban. La capilla se hizo notable por la belleza de su blancura; y al través de los vidrios, que resplandecían como el cristal, descansaban dulcemente la vista sobre la fresca verdura de los tilos que te daban sombra. El altar tenía la brillantez del mármol; y sus adornos eran ricos, pero sencillos. Nada, sin embargo, tenía el encanto del retablo colocado en el altar. La frescura del colorido, la gracia y la pureza de los perfiles, causaban en el alma una dulcísima impresión.

Representaba la Santa Familia, La virgen María sentada á la entrada de una cabaña, tenía en sus brazos al infante Jesús; el bueno de San José estaba ofreciendo al niño un canastillo enteramente lleno de los más agradables frutos. Los dos fijaban sus ojos radiantes de ternura en el divino Hijo, y éste, juntadas sus manecitas, parecía mirar atento y devotamente al cielo.

Al pie del retablo se leían estas palabras escritas en letras de oro:

La unión, el trabajo, el amor y la piedad,
ved ahí los elementos de nuestra felicidad.

Las guindas

En la pequeña y hermosa aldea de Rebenim, cercado de preciosos y riquísimos viñedos y situada en las márgenes del Rhin, habitaba un respetable procurador que se llamaba Muller. Todo el mundo le quería; pues tenía grande celo en cumplir los deberes de su cargo, y conservar la justicia en todas partes y el buen orden, Su esposa también se hacía estimar por su genio bienhechor hacia los pobres. No tenían más hijos que una tierna niña llamada Carolina, distinguida por su belleza, por su mucha discreción, y por la excelencia de su corazón. Sus padres le profesaban un cariño bien explicable y procuraban darle la más buena educación posible.

En la casa del procurador había una grande huerta y un pequeño jardín cubierto de flores. El día que nació Carolina, su padre plantó en el jardín un guindo de una especie particular, que siempre queda pequeño de tal suerte, que sin dificultad se cogen con la mano los frutos que produce. Cuando este árbol; tizo flores por la primera vez, el procurador y su mujer admiraban deliciosamente los bellos ramitos de que estaba cubierto; y su hija, sentada en los brazos de su madre, sonreía como ellos, y extendía bacía el árbol sus tiernas manecitas, profiriendo palabras casi incomprensibles, pero que sus buenos padres entendían perfectamente. Cuando la oyeron gritar: «flores! flores!» fué tal la alegría que les dió, que sin pararse en el árbol, las viñas, ni el jardín en que se hallaban, quedaron extasiados contemplándola. Desde aquel instante prometieron piadosamente á Dios emplear todo su cuidado en criarla religiosamente, y le suplicaron que les ayudara en tan santa obra, y la hiciese tan buena como ellos deseaban.

A este objeto emplearon todo su saber: La madre, quiso ella

misma darle su primera educación cristiana: le hablaba con amor de aquel buen padre que tenemos en el cielo; de aquel Dios que hace brotar las flores, crecer los arboles, y nacer los frutos; del niño Jesús, que ama tanto á los niños que son buenos, y le comenzó á enseñar ciertas labores, acomodándolas siempre á la medida de sus fuerzas. Por su parte, el procurador se entretenía los ratos que le dejaban libres sus obligaciones, en dar á Carolina las primeras lecciones de lectura y escritura.

Como pasaba la mayor parte del día en la sala de justicia, tenía una grande distracción en bajar á su jardín y encontrar la verdura de los árboles en lugar de sus papeles, Al mismo tiempo, desde la entrada de la primavera hasta fines de otoño, encontraba siempre allí alguna agradable ocupación. Durante este tiempo, su esposa cuidaba la huerta ayudada de su criada, y Carolina se encargó de cultivar el jardín al momento de cumplir sus ocho años.

Su padre le regaló el guindo que había plantado; y ella lo cuidaba con mayor cariño que á todas las demás flores. Era para ella un motivo de admiración continua; desde el momento en que empezaban á salir sus tiernos botoncitos, hasta que los frutos llegaban á sazón. Al principio, experimentaba tristeza viendo caer una á una las hermosas flores de su árbol querido, luego, sentía placer al ver las guindas pequeñas y verdes como guisantes, y crecer por grados, y cambiar hasta el extremo de mostrarse enteramente encarnadas entre las verdes ramas,—Así sucede también con nosotros,—le decía su padre:—la juventud y la hermosura pasan rápidamente; pero el fruto que debemos buscar es la virtud. La tierra es parecida á un gran jardín, en el cual Dios ha dado su lugar á cada individuo para que produzca buenos frutos. Así como el cielo envía á los árboles la lluvia y el calor del sol, nosotros nos da los medios para que adquiramos todas las virtudes, con tal que no faltemos á nuestros deberes.

Carolina prometió que cumpliría exactamente cómo le

aconsejaban; y su conducía ejemplar llenaba los deseos de sus padres. De esta manera vivía aquella familia dichosa y satisfecha, influyendo sobre los demás de un modo el más favorable, no sólo con sus obras y consejos, sino particularmente con su buen ejemplo; de suerte que los aldeanos que estaban con ellos y sus circunvecinos, vivían todos en la más perfecta armonía y participaban de su misma dicha.

Pero la guerra, que á fines del último siglo había llevado ya sus estragos á los hermosos países regados por el Rhin, se iba aproximando á este país, en el cual reinaba desde tanto tiempo una dulce paz y un reposo envidiables. La aldea fué entregada sucesivamente á los ejércitos amigos y enemigos; y tuvo mucho que sufrir durante estas diversas invasiones, Cuando el enemigo acababa de apoderarse de la parte alta y el país carecía casi de las cosas más necesarias á la vida, fué todavía rechazado por, los habitantes, Los alemanes le atacaron un día con gran resolución; y avanzaron hasta muy cerca de la aldea. Entonces el combate se hizo todavía más activo; el fuego se prolongaba; el cañón resonaba por todos lados; las batas silbaban entorno de la casa del procurador, y empezaban ya á arder algunas casas á la entrada de la aldea, Cuando los cañonazos se iban alejando, el generoso procurador se apresuró á socorrer el sitio que había visto iluminado por el fuego; mientras que su mujer, pálida y con las ruanos juntas permanecía junto á la ventana de su habitación, y levantaba al cielo su vista suplicante, Carolina, llorando arrodillada junto á ella, levantaba sus brazos temblorosa, y robaba lo mismo que su madre.

Son las tres de la tarde, y oyen llamar á la puerta. La madre se asoma la ventana, y ve parado junto á la puerta un oficial de húsares con su caballo. Corre Carolina, abre la puerta, y su madre la sigue.—Dios mío!—dice el oficial al notar su palidez;—cuánto miedo tenéis! Tranquilizaos; ya no hay peligro. Hasta el incendio está extinguido: el señor procurador vendrá luego; pero entretanto, quisiera alguna

cosa para alimentarme; si no tenéis más, dadme un pedazo de pan y un vaso de agua.—Y diciendo estas palabras entra, deja su sable, se sienta, y enjuga su rostro enteramente cubierto de sudor.—La acción ha sido peligrosa,—dice,—pero gracias á Dios, hemos alcanzado la victoria.

Las palabras del oficial causaron en la casa el mismo efecto que si fueran venidas del cielo. La mujer del procurador tenía todavía algunas botellas de vino viejo del Rhin escondidas en la huerta, y que no había pedido descubrir el enemigo. Corrió en busca de una y la ofreció al oficial con un pedazo de pan y manteca, excusándose al mismo tiempo de no poderle ofrecer otra cosa mejor.—Ya basta,—dijo el oficial apoderándose de lo que le ofrecían:—éste es el primer alimento que tomo en el día de hoy.

Carolina fué entretanto á coger algunas guindas, las ms bien sazonadas que encontró en su árbol favorito, y se las presentó en un lindo cestillo de rica porcelana.—Cómo! Cerezas!—exclamó el oficial;—esto es una rareza en el país pero cómo han podido escaparse del enemigo, que ha despojado todos los árboles de estos contornos?

—Estas guindas—dijo la madre,—las produce un arbolito que fué plantado el día que nació mi hija, y que no habrá llamado la atención del enemigo»

—Pero tú me las das, hermosa niña!—dijo á Carolina el oficial,—no las quiero: son para tí. Sería un delito privarte de una de ellas»

—Podíamos negar algunas guindas—replicóle Carolina,—á los valientes que derraman su sangre por nosotros?—Y diciendo esto, salían de sus azulados ojos dos lágrimas que regaban sus mejillas.—Le ruego á V.,—continuó—que las coma sin ningún reparo.

Y las acerca ella misma al oficial: pero he ahí que al momento se oye la trompeta.—Vamos á partir;—exclama

levantándose precipitadamente y ciñéndose el sable;—no es posible que me detenga ni un momento.—La mujer del procurador le obligó no obstante á beber un vaso de vino: y Carolina le entregó las guindas envueltas en una hoja de papel,—Hace mucho calor.—le dijo,—y á lo menos le servirán á V. de un ligero refresco.—Pero no tengo ninguna faltriquera vacía,—contestó el oficial;—traigo sobre mí todo lo que poseo, y veis que ando cargado como un caballo de bagaje.—Vaya,—replicóle Carolina;—mis pobres guindas encontrarán todavía un pequeño espacio. Y le rosó con tanta bondad y gracia, que no pudo menos que aceptarlas.—Cierto,—dijo vivamente conmovido;—para un militar, á quien se acostumbra siempre recibir con mala voluntad, es una grande alegría encontrar tanto interés y cordialidad. Siento no poder permanecer más tiempo aquí, y deseo ardientemente poderos dejar un débil recuerdo mío, pero no tengo nada más que mi gratitud. Y montando en su caballo, saludó otra vez á Carolina y á su madre, y enseguida partió.

No fué de mucha duración la alegría que experimentó esta familia al verse libre de sus enemigos: porque pasados unos días hubo una gran batalla delante de la aldea, durante la cual fueron destruidas todas las casas ó incendiada la del procurador. Este, su mujer y su hija, perdidos todos sus bienes, abandonaron aquel sitio de desolación, y marchando á píe se volvían de vez en cuando como para despedirse de aquellas ruínas que dejaban en pos de sí.

Toda la comarca vino al caer en poder del enemigo. El digno procurador ique permanecía siempre fiel á sus sentimientos, creyóse feliz de haber podido salvar sus vidas, trasladóse con su pequeña familia á un pueblecito distante de su aldea, donde vivían tristemente. Copiaba para ganar su subsistencia; su esposa bordaba, y Carolina les ayudaba en todo lo que podía. De este modo consiguieron una posición decente.

Una condesa de Malbourg, que vivía en el pueblo desde algunos años, le proporcionó trabajo en abundancia. En cierta

ocasión había encargado un sombrero y se lo llevó Carolina.—La señora condesa,—dijo la camarera,—tiene una visita. Anoche llegó su hermana y su cuñado con sus hijos. Y tomando el sombrero, fué á presentarlo cita misma su señora, y un momento después vino, hizo que Carolina siguiera y la condujo un jardín en que citaba la condesa con su pequeña sociedad.

Al entrar, observó Carolina la atención con que las dos señoritas examinaban su sombrero, La madre le felicitó por su trabajo, y después de muy cumplidos elogios, le encargó tres sombreros iguales á aquel; uno para ella y otros dos para sus hijas.

La condesa, dirigiéndose á su hermana, le dijo:—Este sombrero y sus flores, son encantadores: Carolina trabaja admirablemente; pero su conducta es todavía más digna de elogios que la habilidad que manifiesta en todas sus obras.—Y comenzó á referir todo lo que sabía de la posición de la joven, y del celo infatigable que empleaba para ayudar á sus padres.

Durante este tiempo, el conde que estaba paseando con su cuñado, se había acercado al sitio que ocupaban las señoras. el cuñado era un joven oficial vestido con un brillante uniforme y cubierto con infinidad de condecoraciones. Este, apenas se hubo enterado de la conversación, se adelanta rápidamente mira Carolina, y exclama:—Bendito sea Dios! y es V., señorita, la hija del procurador de Rebenim? Está usted tan crecida y tan hermosa, que apenas la hubiera conocido; siendo así que nuestra amistad es tan antigua.

Atónita Carolina, miró fijamente al caballero, y quedó enteramente coloreada: pero él, tomándola cariñosamente por la mano, la condujo á su esposa y le dijo:—Amelia, mira á esta joven: hace diez años, cuando era todavía una niña, me salvó la vida.—Cómo!—replicó Carolina, más admirada á cada instante.—Sí; se acuerda V., señorita,—contestó el oficial,—de aquel husar que un día se apeó á la puerta de su

casa, y á quien dió V. con tanta bondad unas guindas?

Transportada de alegría, Carolina levantó al cielo sus ojos, exclamando:—Gracias á Dios que vive V. todavía; pero á la verdad, no sé atinar cómo pude yo arrancarle de las garras de la muerte.

—Puede V. ignorar muy bien el grande servicio que me hizo; pero mi esposa y mi hija no podrán olvidarlo. Yo se lo escribí muy pronto; porque seguramente que fué una de las circunstancias más señaladas de mi vida.

—Y para mi, la más notable de toda la guerra,—exclamó su esposa; y al mismo tiempo levantándose, abrazó á Carolina y la estrechó conmovida contra su corazón.

—Pues,—dijo la condesa de Malbourg;—contadnos esta historia, porque la ignoramos lo mismo mi marido que yo.

—Muy corta es,—contestó el oficial,—Llegué devorado por el hambre frente á la habitación de Carolina, mendigando materialmente un pedazo de pan y un sorbo de agua. La niña y su madre me ofrecieron todo lo que tenían, todo lo que reservaban para una próxima necesidad. Carolina despojó completamente su pequeño guindo, para darme los frutos y refrigerarme: ciertamente, aquellas guindas eran excelentes, y á buen seguro las únicas que pudieran encontrarse en aquel país, Sin embargo; los enemigos no me permitieron comerlas: tuve que montar enseguida mi caballo, y encerrando en mi cartera las guindas que me dará Carolina, las escondí en mi pecho. El enemigo, volviendo á cobrar coraje, vino de nuevo á atacarnos. Me arrojé á combatirle, al frente de los soldados que mandaba; y en breve nos vimos cercados por una multitud de tropa de infantería: un cazador disparó contra mí, casi á quema ropa, y la bala quedó aplastada en mi cartera; sin esto, quedaba tendido en el campo, ahora decidme: pudo ser otro que la Providencia de Dios quien me envió la mano de esta niña para librarme de la muerte? A V. se debe, Carolina, que mi Amelia no sea viuda en este

instante, y mis pobres hijas huérfanas; á V. le debo el encontrarme ahora aquí tranquilamente, y disfrutar de los más gratos placeres.

Todos fueron del mismo parecer y Amelia, tomando la mano Carolina, le dijo con los ojos inundados en lágrimas;—V. fué para nosotros ángel bueno, y alejó de nuestra familia un mal terrible.—Al mismo tiempo sus dos hijas miraban tiernamente á Carolina, obligándola á sentarse junto ellas.

Entretanto el oficial se puso pensativo.—Siempre me estáis hablando,—repuso al poco tiempo,—de mis hechos de armas, y no obstante ya veis lo que vale el hombre. Sin un cestillo de guindas, mucho tiempo haría que estuviese yo enterrado en el cementerio de Rebenim, y otro militar ocuparía mi plaza. Mis condecoraciones, mi grado, mi felicidad, las debo á una mano llena de guindas, ó más bien á la mano de Dios.—Y luego á Carolina:—Todavía tendremos que hablar algo: por de pronto, tengo un negocio que tratar con el señor Conde: y se apartó en compañía de este último, Carolina estuvo todavía tinos momentos con todas las señoras, de las cuales recibió, antes de dejarlas, nuevas pruebas de interés.

El oficial condujo su cuñado á la extremidad del jardín; sabia qué desde algunos meses había perdido el Conde á su procurador, y que se encontraba con grande embarazo para re emplaza rio.—No hay porque atormentarse,—le elijo:—es preciso que admitas á Muller por tu procurador. Créeme: no es casualidad el que baya Dios enviado esta mañana la hija de este excelente sujeto, y que llegara yo ayer precisamente para encontrarla.

—Es verdad,—le contestó el conde:—estas buenas gentes merecen toda nuestra gratitud, y estoy seguro que Muller es un hombre honrado; pero apenas le he visto dos veces, y es menester pensar...

—Por qué vacilas?—le interrumpió calurosamente el oficial.—Yo te doy mi palabra de que en toda la Alemania no

encontraras un hombre de mejores cualidades. Dos veces estuve en Rebenim para dar mis gracias á la buena Carolina por el servicio que me había prestado. No encontré á ella, ni á sus padres; pero supe muchas cosas que me Admiraron grandemente. Toda la aldea recordaba con delirio al digno procurador, á su excelente esposa y á la joven Carolina. Los viejos me decían con lágrimas en los ojos: «El señor Muller ha sido el modelo de la justicia, de la actividad, del amor al orden y de la caridad; jamás podremos olvidar lo que ha hecho por nosotros, Donde quiera que se encuentre, ha de seguirle la felicidad, He aquí cómo hablan de él sus paisanos. Vote lo ruego: manda extender su titulo de instalación corno á procurador, á fin de que pueda llevárselo yo mismo.

Así fué cómo se arregló el negocio. Desde mucho tiempo no había sido tan feliz el oficial; á duras penas había experimentado tan grande alegría en un día de victoria!

Mientras se trataban estas cosas, llegó Carolina á su casa con un aire de placer pintado en su semblante.—Hola,—le dijo su padre:—á qué viene esta alegría que está brillando en tus ojos?—Y les refirió todo cuanto acababa de pasarle.

—Este es un rayo de esperanza,—dijo su madre:—tal vez al fin vendrán días mejores para nosotros.

—Carolina,—añadió su padre,—la bondad que tuviste tan á tiempo, contribuirá tal vez á la felicidad de tus padres.

—Pero si tuve tal bondad—contestó la modesta niña,—es porque ustedes me la habían dado.

Estaban todavía ocupándose de semejante encuentro, cuando oyeron el ruído de un sable que chocaba con las gradas de la escalera, y los pasos de un hombre que acababa de subir. Era el oficial.—Buenos días, señor procurador de Malbourg,—gritó al abrir la puerta.

—Qué es esto? procurador de Malbourg?—contestó Muller.

—Indudablemente,—dijo el oficial;—y abriendo su cartera, sacó un papel que dió á leer al procurador, el cual era nada menos que el nombramiento de procurador del conde de Malbourg, con cuatro mil francos de renta y algunas otras ventajas, Muller, que hasta entonces había soportado con tanta paciencia el infortunio, apenas podía dar crédito á sus ojos.—Lea V. alto,—dijo el oficial;—porque su esposa de V. y mi joven bienhechora están deseosas de saber lo que contiene este papel.—El procurador leyó su nombramiento, y su mujer y su hija lo escucharon llorando de alegría.

—Hace una hora,—dijo el oficia,—nadie en el mundo podía pensar que fuese V. procurador de Malbourg; pero así como ha comenzado, también debe terminarse esto. Venid conmigo, á fin de que os presente á mi cuñado.

Muller le suplicó que le permitiera arreglarse.—Tenéis un cuarto de hora para hacerlo,—contestó el oficial;—os aguardo en mi habitación de casa el Conde. Ustedes,—dijo á Carolina y á su madre,—dispónganse para partir. Están Vdes. demasiado estrechas aquí y sólo en tiempo de guerra he tenido tan mala habitación. En Malbourg, tendrán Vdes. una agradable habitación; hay un hermoso jardín y muy preciosos guiados. El próximo lunes deben estar Vdes. instalados allí; y pronto partiremos. Queremos hacer allí una magnífica fiesta; y espero que asistiremos á una comida más placentera que la que tuvimos al sonido del cañón del enemigo, y en medio de la incendiada aldea de Rebenim. No se olvide V., Carolina, de presentamos un plato de guindas, pues á buen seguro que ya estarán maduras.

Diciendo estas palabras se marchó, para evitar los transportes de la gratitud de esta dichosa familia, y para ocultar sus lágrimas de gozo; de suerte que bajé tan rápidamente la escalera que el procurador no pudo alcanzarle en ningún modo.

—Carolina,—le dijo su padre cuando estuvieron solos:—quién hubiera creído que este arbolito que plantamos cuando tú

naciste, debía producir tan agradables frutos?

—Dios lo ha querido así,—añadió su esposa juntando sus manos.—Me acuerdo perfectamente de aquel día que mirábamos aquel árbol la primera vez que echó flores, y cómo Carolina, que todavía era muy niña, lo miraba también con alegría. Entonces prometimos al cielo que educaríamos cuidadosamente á nuestra hija, y le pedimos la gracia de que nos asistiera, Nuestras oraciones han sido ya atendidas, y han pasado más allá de nuestros deseos y de nuestras esperanzas. Bendito sea Dios!

—Sí,—dijo el procurador;—la oración que dirigen al Señor los padres piadosos, nunca queda desoída. Que así como Dios quiso escuchar una vez las plegarias que le hicimos junto al guindo, reciba benignamente ahora nuestra gratitud!

Y Carolina, uniéndose por su parte á estas muestras de reconocimiento religioso, profirió conmovida estas palabras:—Oh padre mio, que estáis en los cielos: Vos, que tenéis para con los hombres un celo más delicado que el de los padres más tiernos con sus queridos hijos, dignaos admitir mi eterna acción de gracias!

La miosotis, ó no me olvides

Había una joven, llamada Emilia, de un carácter muy bueno y generoso, de suerte que compartía de muy buena voluntad con los demás todo lo que ella poseía. Arreglaba vestiditos para las pobres criaturas abandonadas; enviaba alimentos á los pobres enfermos, ó iba muy amenudo á llevárselo ella misma; finalmente su mayor placer era el de aliviar con su dinero al que lo había menester. Pero lo que se hace extraño, es que con tan buen corazón, atormentaba todavía á mucha gente; porque era extremadamente descuidada, y lo que hoy prometía, mañana lo tenía completamente olvidado, Le sucedía muchas veces, por ejemplo, que gastaba todo su dinero en cosas inútiles; y cuando un pobre le pedía una limosna, veía con sentimiento lo malamente que había empleado aquel dinero, y el bien que entonces estaba privada de hacer. Otras veces abandonaba enteramente las hermosas macetas de flores que tenía en la ventana de su palacio; y faltas de riego, se secaban dando pesadumbre á su madre; y hasta por pereza dejaba morir de hambre á sus canarios, ella que hubiera sufrido tanto viendo padecer á otra cualquiera criatura.

Muy cerca del castillo, vivía una pobre joven llamada Sofía. Su padre, que en otro tiempo se había distinguido en el servicio de las armas, se Inutilizó á causa de las heridas y fatigas que llevaba; y retirado en el campo, esperaba vivir modestamente con su pequeña pensión. Hacía más de un año que estaba en su casita, y todavía no había percibido nada de esta pensión, tan malamente era satisfecha.

Su hija única, Sofía, le procuraba lo más necesario, ocupándose asiduamente en el bordado, costura, y otras cosas por el mismo estilo. De un modo muy particular, se

había granjeado el aprecio de la señorita Emilia; que le encargaba muchas veces algunos trabajos y quiso la enseñase de bordar, pagándolo todo muy generosamente y llamándola siempre su querida amiga. Pero al mismo tiempo afligía á esta buena amiga, con su carácter negligente y olvidadizo.

Una ve¿cayó gravemente enferma la madre de Emilia, ó hicieron venir un médico forastero muy célebre, para que diera su parecer. Emilia había prometido Sofía que con esta ocasión haría que viese las heridas de su padre; pero no se acordó de su promesa, y el módico se fué. Tuvo mucha tristeza, pidió perdón á Sofía, y hasta lloró amargamente su descuido; pero ya era tarde, y el médico forastero no pudo visitar al pobre enfermo.

En otra ocasión, quiso bordar Emilia un abanico de chimenea para regalar á su madre el día de su fiesta; y con este objeto enseñó á Sofía un dibujo que había bosquejado.—Lo haremos fácilmente,—le dijo su amiga:—yo misma iré á buscar la seda y á escoger los colores más herniosos en el pueblo.—Perfectamente,—le contestó Emilia;—anda por ello, y entre tanto mandaré aparejar la comida para tu padre, y yo misma se la daré. Sofía, confiada en su promesa, fué al momento á cumplir su encargo, Pero he ahí que llega repentinamente al castillo una visita, y Emilia, ocupada en obsequiarla, no se acuerda más de la obligación que había contraído. El pobre viejo, sin poder salir ni llamar á los vecinos, que estaban á la sazón ocupados en bus labores, tuvo que pasar el día sin comer, y contentarse con un pedazo de pan y un poquito de agua.

Al día siguiente, Emilia se fué á pasear por el pueblo con dos amigas suyas; y al distinguir Sofía ocupada en extender sobre las yerbas la tela que estaba limpiando, se acordó repentinamente del compromiso del día anterior. Sin embargo, Sofía fué bastante generosa para no reprocharla en presencia de sus amigas; pero como deseaba darle una pequeña lección, la convidó á entrar con sus amigas en el

jardín. Entraron en efecto; admiraron las florecitas que crecían á la orilla de un riachuelo y penetraron en la habitación, donde miraron con placer las hermosas labores de Sofía; la cual regaló á las dos amigas de familia un ramillete de las flores llamadas *no me olvides,* en el cual había puesto como al acaso algunas otras florecillas. Emilia comprendió perfectamente lo que significaban; y del fondo de su corazón dió las gracias á Sofía por la manera viva y delicada como reprendía su falta.—Efectivamente,—le dijo:—has adivinado las Flores que me convienen más;—y las prendió en su pecho, cubierta de rubor»

Enseguida se volvió Emilia al castillo con sus amigas, y las acompañó hasta la habitación que les tenían destinada, poniendo las tres su ramillete en un vaso de agua, Al cabo de algunas semanas, entrando Emilia por casualidad en esta habitación, advirtió que las Flores olorosas que estaban juntas á las de *no me olvides* se habían marchitado y secado; mientras que las *no me olvides* conservaban su hermoso color azul, y sus hojas tan frescas y tan verdes como sí acabaran de cogerlas.—Cómo es posible,—exclamó,—que estas flores conserven todavía su frescor en este vaso seco, cuando las otras flores han perdido su belleza?—Pero examinándolas más detenidamente, vió que las *no me olvides* eran flores perfectamente fabricadas por Sofía, y que imitaban con tanta fidelidad á las naturales, que se las podía tomar por floree verdaderas, al verlas tan parecidas, dijo:—Mi buena Sofía, tienes muchísima razón, y te comprendo: Necesito un recuerdo permanente y estas flores me dirán sin cesar: *no me olvides.* No, amiga mía, no quiero olvidarte; no olvidaré en adelante mis deberes, y este ramillete servirá para recordármelos.

Y diciendo esto, lo colocó en un hermoso y pequeño vaso dorado trabajado artísticamente» Enseguida fué á encontrar Sofía, le dió las gracias por su aviso y elogió su hermoso trabajo, diciéndole:—Siempre que haré una promesa, pondré las *no me olvides* en mi velador ó en el piano, y no las

quitaré de allí hasta que haya cumplido mi promesa.

—Bravísimo!—exclamó el viejo oficial.—En tales casos, tenía yo la costumbre de poner un pedacito de papel en mi cajita del tabaco, y mí sargento primero hacia un mido en su pañuelo. Para una señorita, es más propio un ramillete; y aplaudo la idea de escoger la flor más bella de los campos como emblema del recuerdo de amistad, y darle el cariñoso nombre de *no me olvides*. Si esta flor debe hacernos recordar nuestros deberes, y más aun los deberes de beneficencia, todavía es más bella, y me agrada mucho.

Emilia cumplió su palabra: y la *no me olvides* fué para ella un manantial de bendiciones. Muchos pobres á quienes tenía olvidados, recibieron la sopa, una botella de buen vino, y una cantidad de dinero; una multitud de cosas que habían quedado atrás, fueron acabadas; y de este modo se libertó Emilia de una multitud de disgustos y pesares.

Prontamente observó su madre la nueva conducta que observaba, y le preguntó cómo era que ya no tenía la mala costumbre de olvidarse de las cosas.

Emilia le refirió punto por punto la historia de la *miosotis,* ó *no me olvides,* de la cual tuvo mucha alegría la señora:—Eres una buena niña,—le dijo,—y por esto voy á darte una alegría. Y mandó labrar dos sortijas del oro más puro, con la *no me olvides* formada de zafiros y un brillante hermosísimo en el centro.

Dió uno de estos anillos á su hija, y le dijo:—Emilia, sírvete de este anillo, como lo has servido hasta ahora de tus flores. Cuando prometas algo ó tengas alguna cosa entre manos, pónlo en tu dedo: y no te lo quites, hasta que bayas cumplido tu promesa ó acabado tu ocupación, Este segundo anillo, regálalo á Sofía porque con sus *miosotis* te ha hecho un regalo más precioso que este oro y estos diamantes.

Emilia corrió enseguida, y abrazó á Sofía diciéndole:—Ya sé

que no necesitas de semejante sortija para recordar tus deberes, porque de nada te olvidas; pero llévala como un recuerdo de tu amiga, á quien has hecho un beneficio tan grande.

—Mi buena Emilia!—le contestó Sofía:—quién no necesita que le recuerden continuamente sus deberes? Cada vez que miraremos este anillo, pensaremos en hacer algún bien; y trataremos de aliviar, en cuanto dependa de nosotras, á un pobre ó á un infeliz, ó de procurar una alegría al afligido.

Y al momento las dos amigas se apretaron con efusión las manos.

—Muy bien, hija mía,—dijo el padre de Sofía;—y que aquellos que no pueden tener una sortija semejante, se muevan también á practicar el bien siempre que vean la *no me olvides* á orillas de un riachuelo y que á la vista de esta hermosa flor se acuerden principalmente de aquel que la ha creado, y hacia el cual debe Inclinarnos el aspecto de cada una de las flores De este modo, la *no me olvides* de los campos tendrá más valor que el oro, y cada flor de más estima que las piedras más preciosas.

El hecho que acabamos de referir, tuvo todavía otro resultado. A la venida del invierno, cuando comenzaba á aparecer la escarcha y los vientos agudos silbaban por las salas del castillo, familia regresó con su madre á la ciudad. Su *no me olvides* llamó Unto la atención de sus amigas, que muy en breve la moda puso en uso esos anillos. Por todas partes ve contó la historia del de Emilia, y su noticia llegó también hasta la corte. El anciano y valiente militar, el padre de Sofía, á quien se había olvidado desde tanto tiempo, se presentó á la memoria del gobierno te aumentaron su pensión y le pagaron puntualmente en adelante.

La bellorita

Una apreciable señora llamada Dittmer, salió un domingo por la tarde á pasearse fuera de la ciudad, en un sitio adornado por una bella pradera. La acompañaba su hija Haría, joven de pocos años, vestida elegantemente de blanco, y cubierta su cabeza con un sombrero de paja. Era la hermosa estación de primavera, y se distinguía á lo lejos la pradera adornada de un aleare verdor y sombreada de flores:

—Qué bello azul y claridad nos muestra el cielo!—exclamó María.—Qué preciosa está la pradera con el verdor que la cubre y sembrada de flores blancas á la manera de estrellas! Oh! me gustan mucho estas cosas. Es muy bueno todo lo que Dios ha criado.

Al mismo tiempo, María comenzó á coger algunas flores, añadiendo:—Ciertamente; su conformación es admirable. El círculo interior, es de un rico amarillo; y estas delicadas hojas blancas lo circuyen á la manera de rayos. Advierta V., mamá: la punta de estas hojas está bañada de un bonito color de rosa; los botoncitos son á la vez blancos y verdes y redondeados como perlas Nosotras llamamos ¿éstas, flores del prado; pero todas las flores que nacen aquí pueden tener el mismo nombren Dígame usted, mamá; sabe V. para éstas un nombre particular?

—Sí, hija mía,—contestó su madre:—se las llama flores de césped, porque todos los céspedes las tienen; flores de cada mes, porque apenas hay ningún mes del año que deje de producirlas, á menos que cubran la tierra los hielos ó las nieves; flores de ganso, porque seguramente les servirán de alimento; y por último, flores de la modestia.

—He ahí un nombre que me gusta mucho,—dijo María.—Pero, qué significa y por qué lo dan á esta flor?

—Tal vez no sabría yo misma explicártelo; pero creo que se designa así á estas flores porque bajo una apariencia sencilla y sin pretensiones, son muy agradables á la vista; y de esto modo nos enseñan á evitar un excesivo adorno en el vestido. Míralo, sino: estas florecillas no tienen más que el blanco y amarillo con un poquito de rosa, y sin embargo nos gastan, Tú también vistes de blanco, sombrero de paja amarilla y tintas azules, y esta sencillez te sienta mejor que los colores más brillantes. En todas tus cosas deseo que guardas la sencillez de tu vestido, y que seas una preciosa flor de modestia.

—Nosotros no tenemos en casa ninguna de estás flores,—contestó María;—quiere V. mamá, que coja algunas para trasplantarlas en nuestro jardín?

—Por qué no?—le dijo su madre:—también pueden ser de utilidad. Estas hojas verdee se comen á manera de ensalada; se mezclan á veces con espinacos, y sirven también para medicina. Tengo una amiga que sufría mucho de dolores en la lengua, y se curó con estas hojas: y así ves cómo juntan lo útil á lo agradable. Ojalá que supiéramos hacer todas nosotras otro tanto!

El día siguiente volvió María; tomó algunas plantas de la bellorita, y las trasplantó con esmero y alineadas en el jardín, conforme su le indicó su madre: enseguida arregló la tierra alrededor, arrancó una por una las malas hierbas que hubieran podido perjudicar á sus plantaciones, y las regó todos los días que no había llovido.

Cuando aparecieron los botoncitos en las plantas y salieron las flores de su cobertera natural, quedó admirada María de haberlas encontrado más hermosas que nunca. Oh!—exclamó corriendo á buscar á su madre;—venga V.; véngase usted, y verá cómo han salido mis plantas tan hermosas. Venga V.,

que están desconocidas, Mire usted, parece que sean de terciopelo recortado á pedacitos.

—Así es,—dijo la madre:—por esto cuando se presentan de este modo embellecidas, se las llama las flores de terciopelo. Ya ves, pues, cómo poniendo por nuestra parte algún cuidado, podemos mejorar y embellecer la planea que habíamos juzgado muy común en un principio.

Quedó tan encantarla María de semejante metamorfosis, que fué otra vez á buscar plantas en la pradera para cultivarlas en su jardín y las cultivó todavía con más asiduidad que las primeras. Entonces observó también un cambio singular: desapareció el círculo amarillo que había en el centro de la flor, y los pétalos blancos que la rodeaban tomaron toda suerte de colores; algunos quedaron aun tan blancos que parecían nieve: pero los demás tomaron un débil encarnado, de modo que desde lejos parecían rosas pequeñitas.

No menos admirada María esta vez que la primera, corrió desalada á encontrar á su madre y lo dijo;—Venga V. y verá otra cosa nueva: creo que si continúo cultivan de estas plantas, van á darme un millón de flores diferentes.

—Muy posible sería,—contestó su madre;—porque también se la llama las mil florecitas: pero esto no es una cosa tan nueva como te parece. Muchos jardineros se han ocupado en obtener el mismo resultado, y han podido alcanzarlo; y así se ve, como con el trabajo y la perseverancia se puede perfeccionar todo cuanto existe en la naturaleza. Lo mismo que ves en tu pequeña plantación sucede con los árboles y los frutos: la mayor parte de esas llores que llaman tanto la atención en los jardines, traen su origen de la flor humilde de los campos; y las manzanas y las peras más sabrosas y buscadas, las producen los árboles que antes no daban otra cosa que frutos salvajes. De este modo recompensa Dios el trabajo del hombre, y éste se hace dueño de la naturaleza. Asimismo, por medio de una buena y entendida educación, podemos llegar á ser mejores de lo que actualmente somos.

Lástima, por cierto, es que muchos niños se resisten aun más que estas pobres flores al cuidado que se toma para hacerles bien; y que una gran parte de ellos, por su aturdimiento, por su desobediencia y su altivez, inutilizan todo lo que se hace para educarlos perfectamente. Aprende pues, hija mía, á conocer cuánto vale la buena educación que yo procuro darte, á fin de que te sirva para tu perfección.

Las hermosas flores que había reunido María, se aumentaron cada día, y viéndolas tan grandes, tan robustas y tan hermosas, creyó la pobre niña que no era menester ya cuidarlas más, y las dejó sin ocuparse en trabajar en ellas. Grande fué su sorpresa, cuando vió que iban degenerando una tras otra, perder su brillantez, y reducidas al estado en que se encontraban cuando las cogió en la pradera.

—Qué triste cosa!,—dijo conmovida:—nunca hubiera creído que estas flores, que me dieron tanto gozo, me debían dar ahora tanta tristeza. Y preguntó luego á su madre cómo habían sufrido un cambio semejante.

—Es muy fácil de entender,—le dijo su madre:—has descuidado estas flores dejándolas al capricho de la tierra; no las has regado, ni les has quitado las malas hierbas que iban creciendo su alrededor; y por eso van volviendo á su manera antigua. Solamente con la solicitud y la constancia se conserva la belleza de las cosas, y cuando no fijamos en ellas toda nuestra atención, entonces se destruyen. Lo mismo sucede con nosotros. Puede ser muy buena la educación, y al poco tiempo experimenta sus efectos el que la ha recibido; pero al momento mismo en que la descuidan, degenera. Por esto no has de afligirte si te digo algunas veces que te faltan muchas cosas. Desde que plantaste estas flores en el jardín, te has hecho más alta y de mayor edad: y también tengo el consuelo de encontrarte más buena y más piadosa, Sin embargo, necesitas aun de mucho celo: procura estarme sumisa y obediente, si no quieres retroceder en tu perfección como estas flores.

A más de esto, hay también otra cosa que constituye en mucho el cambio que has notado en tu jardín. En este cuadro de céspedes cercanos, tú misma has visto nacer una multitud de flores muy comunes en los campos, y dicen los jardineros que semejantes flores absorben la lozanía de las que se cultivan con esmero, volviéndolas poco á poco á su primitivo estado. Esto debe advertirnos de que hemos de apartarnos de la comunicación con las personas malas y groseras, si no queremos hacernos con el tiempo como son ellas; porque la mala compañía corrompe los buenos sentimientos.

Ya ves, pues, mi amada María, cómo ha procurado el Señor darnos lecciones saludables, que nos serán de mucha utilidad, si queremos consultar á la naturaleza que nos las presenta, y observar lo que ella misma nos enseña.

Desde este día, empezó cultivar María las flores del jardín, y á arrancar las malas hierbas que crecían á su lado; y tuvo el placer de ver que cada día se ponían más hermosas. Al mismo tiempo se empeñó en aprovechar para sí misma los consejos de su madre, á fin de no inutilizar con su ligereza los afanes que esa buena señora se tomaba para inclinarla bien; huyó de la compañía de las niñas mal educadas, y adquirió de este modo cada día más elevación de alma y gran número de virtudes, desarrollándose de una manera más prodigiosa que todas sus florecitas.

Entonces conoció con los sentimientos de la más viva gratitud, todo lo que se había practicado para darle una excelente educación; y cuando llegó el día de la fiesta de madre, la condujo á su pequeño jardín y le mostró la ofrenda que le hacía, presentándole en la tierra las letras de su nombre formadas con las flores de un hermoso terciopelo, mezcladas con otras mil florecitas que se encontraban allí.

—Mi querida madre,—le dijo María:—más cuidado ha tenido V. de mí, que yo de estas pobres florecitas: ellas me han sido agradecidas; mas yo no sé cómo expresarle á V. mi gratitud. Permítame que le ofrezca este trabajo, en recompensa de

las molestias que se ha tomado usted por mí.

La madre, sintiéndose dichosa con la modestia de su hija, le dijo de esta suerte:—Hija mía, es menester que estas flores lleven tu nombre.

—Oh! no,—respondió María:—vale más el de usted que ellas mismas han formado, y por esto yo les llamo Margaritas.

A pesar de todo, la madre continuó dando á la bellorita el nombre de flor de María; y su hija por otra parte, y con ella muchos otros, no la designaban más que con el nombre de su madre: «Margarita».

La torta

Fritz era un niño de diez años, vivo y despejado, hijo del cazador de Grunental. Un día su padre tenía que llevar una carta al propietario de Laroche, castillo situado entre espesos bosques, y en el corazón de unas montañas salvajes—Difícilmente podré hacer este camino,—dijo el cazador.—No hace mucho que me lastimé un pie, que no tengo curado todavía, y hay tres leguas largas desde aquí á Laroche; pero como precisamente me lo manda mi amo, debo obedecer.

Oyendo estas palabras de su padre, le contestó Fritz:—Deme V. su comisión, y la cumpliré por V. Si bien es verdad que pasa el camino entre dos espesos bosques, pero esto no me da miedo alguno, Lo conozco todo, hasta la piedra, que forma nuestros límites; lo encontraré, y entregaré la carta.

—Pues, anda,—continuó su padre:—pero cuidado; que pongas la carta en manos propias: encierra mucho dinero, y seguramente que te darán una propina.

Y enseguida le explicó minuciosamente el camino, Fritz tomó su saquito de caza y su pequeña carabina, y emprendió el camino.

Llegó felizmente al castillo de Laroche y suplicó á los criados que lo comunicaran á su dueño. Subió magníficas y largas escaleras de piedra, y entró en una bellísima habitación. El señor del castillo estaba entonces ocupado en el juego de naipes. Fritz se inclinó profundamente en su presencia, y le entregó la carta que contenía una crecida cantidad. El caballero se levanta; pasa á su escritorio, escribe algunas palabras que entrega á Fritz, y se sienta otra vez al juego

diciéndole estas palabras:—Está muy bien: puedes partir, que yo más tarde ya enviaré otra contestación.

Y el pobre Fritz bajó tristemente las escaleras, Tenía sed y hambre, y se sentía fatigado. Cuando atravesó por el patio del castillo, encontró á la cocinera, la cual conociendo por el semblante lo que estaba padeciendo, le dijo:—Ven conmigo, cazador: te daré algo para comer, y beberás un vaso de cerveza; no fuera caso que cayeses de inanición por el camino. Pero no te enojes contra nuestro amo el te ha dejado marchar sin darte nada. No se ocupa absolutamente de estas cosas, pero le gusta que lo hagamos nosotros por él.

Al mismo tiempo le condujo á la cocina, le ayudó á desocuparse de su saquito y escopeta le hizo sentar junto á una mesita, y le dió sopa, puchero, legumbres, un pedazo de pan y una buena cantidad de cerveza. Fritz comió con extraordinario apetito; dió de todo corazón una infinidad de gracias á la cocinera, y emprendió alegremente el camino de su casa; pero apenas había llegado á la mitad del bosque, cuando vió en la copa de un árbol encaramada una ardilla. Aquel hermoso y pequeñito animal, era para él una cosa rara, pues no le había visto más que una ó dos veces en Grunental. Como Fritz era todavía niño y la cerveza le había calentado un poquito la cabeza, se puso en el empeño de coger la ardilla corriéndole detrás. Se subió al árbol: fué persiguiéndola saltando de rama en rama, y de uno á otro árbol, por lo más espeso del bosque, hasta que por fin se perdió, y no pudo hallar otra vez el camino, Fué andando todo lo que restaba del día y hasta mitad de la noche por el bosque; pero estaba tan fatigado, que se acomodó entre las ramas de los árboles y se quedó dormido. No pudo descansar tranquil amen te, y despertó casi más fatigado que estaba al dormirse. Mira entorno suyo: se adelanta un buen trecho, y no ve otra cosa más que un país desconocido. La multitud de ciervos que corren cerca de él, de un lado á otro, le dan á entender que se encuentra en un punto abandonado del bosque; pero un negro jabalí que se adelanta rabioso contra

él mostrándole sus dientes, le dió un terror pánico y se salvó entre las angustias de la muerte. Era muy cerca ya del mediodía, y el pobre Fritz se encontraba tan lánguido y hambriento, que no podía dar ni un solo paso. Comenzó á gritar con toda su fuerza, pero nadie le oía; no encontró por allí ni una frambuesa, ni una fruta cualquiera, ni una gota de agua. No sabiendo qué hacer se pone de rodillas y ruega fervorosamente á Dios. Atormentado por el hambre, le ocurre el registrar su saquito por ver si encontraba casualmente alguna migaja de pan: pero cuál fué su alegría cuando tropieza con un excelente y grande pedazo de torta que había en el saquito, junto con algunas peras frescas y hermosas:—Toma!—exclamó gozoso:—éste es otro obsequio de mi buena cocinera:—y dando gracias á Dios inundado en un mar de lágrimas y ternura, le prometió que socorrería á todos los que tuviesen necesidad, singularmente á los forasteros: y al mismo tiempo se propuso recompensar generosamente la bondad de la cocinera, si un día llegaba á ser rico:—porque después de Dios,—añadió,—ella me ha salvado la vida; pues sin su previsión, me hubiera muerto aquí, en este bosque salvaje.

Habiendo reparado sus fuerzas con la comida inesperada, Fritz continuó su camino; y después de haber andado por espacio de una hora, le pareció oir los golpes de un hacha que caía sobre un árbol. Dióse prisa á llegar al sitio de donde venía el ruído, y encontró dos leñadores que le indicaron el camino de Grunental. Siguió sus indicaciones, y llegó por último á su casa con grande alegría de sus padres, á quienes su tardanza tenía en una inquietud angustiosa.

Su padre aprovechó este suceso para darle una buena lección:—Lo que tú has tenido que sufrir,—le dijo,—os lo que acontece á todos los que se dejan arrebatar por los placeres fuera del camino de la rectitud. Hubieras podido morir en el bosque, lejos de la casa de tu padre, y sin embargo, no has podido alcanzar la ardilla que deseabas. Nuestro camino al través de la vida, es parecido al camino peligroso que has

seguido al través del bosque: también nos convida una falsa alegría, y procura alejarnos del sendero de la virtud. Así como yo te había enseñado, querido Fritz, el camino mis directo para ir al castillo de Laroche, así también Dios nos enseña, por sus mandamientos, el recto camino que debemos seguir en esta vida, No te dejes cautivar por los placeres que se ofrezcan á tu vista, ni te dejes arrastrar por ellos á uno ú otro lado; pues de otra suerte, correrías gran peligro de perderte, y de no llegar jamás á la morada de tu padre celestial que te esta aguardando.

—Sobre todo,—continuó su padre,—acuérdate de que el deseo de los placeres embota el corazón del hombre, y acaba por hacerle insensible á los más buenos sentimientos. El propietario de Laroche, que te ha dejado tan mal contento, no tiene por esto nada de malo; pero como estaba enteramente ocupado en su juego, ni siquiera le ha ocurrido la idea de que necesitaros algún refrigerio; ni ha pensado tampoco en darle la más pequeña recompensa siendo así que la centésima parte de lo que jugaba te hubiera bastado para tu bienestar. Huye siempre, pues, de hacer cosa alguna, que pueda dar pesadumbre á los demás; y por tu propia satisfacción, no descuides la de tus hermanos; antes bien, dates todo aquello que pueda causarles alegría, y procura ser siempre bueno y provechoso, como tu querida cocinera Rosalía.

Fritz, llegó con el tiempo ser un hábil cazador; fidelísimo en el cumplimiento de sus deberes, é infatigable en el servicio. Mostrábase afable y complaciente con todo el mundo, y guardó una conducta irreprensible, y como se acordaba con frecuencia de la bondad de Rosalía tenía gran consuelo en socorrer á los pobres y á los viajeros. Una vez, fué expresamente á Laroche para contar á la buena cocinera lo mucho que le debía: pero ya no estaba en el castillo, y nadie supo darle razón de su paradero, y apesar de todas las averiguaciones, no pudo recoger noticia alguna de su bienhechora.

Algunos años después, y conocida la habilidad de Fritz, entró como cazador al servicio del príncipe. Contrajo matrimonio, y refirió á su esposa cómo Rosalía una vez le había salvado la vida. Su esposa aplaudió los sentimientos de gratitud que conservaba; y ambos acordaron emplearse cuanto pudieren en obras des caridad, para lo cual se les presentaban frecuentes ocasiones, toda vez que su casa de campo estaba situada á orillas del camino real, y la entrada del bosque.

Un día, que hacia muchísimo calor, la mujer de Fritz había ido por agua una vecina fuente, y al dar una mirada á los tiernos abetos que había plantado su esposo para comodidad de los caminantes, observó á una mujer vestida con decoro, que parecía extremadamente fatigada. La esposa de Fritó la saludó con ternura y la invitó á que pasara á su casa á descansar y tomar algún alimento, cosas que acepto. En la casa, la buena huéspeda le presentó un pedazo de carne y un vaso de cerveza Al poco tiempo ambas mujeres se cobraron confianza, y la forastera empezó á referir sus aflicciones del modo siguiente:

—Tengo mi vivienda más de doce leguas de este sitio. Mi esposo es un excelente armero: hace algún tiempo que todavía trabajaba con actividad, y su trabajo regularmente satisfecho, nos bastaba para nuestros gastos ordinarios y los de dos hijos que Dios nos ha dado, quedando todavía alguna cosa en reserva. Pero nos vino de repente una gran desgracia: un fusil que estaba ensayando mí marido re ventó entre sus manos, y en una de ellas recibió una herida tan considerable, que de un año á esta parte apenas ha podido hacer cosa alguna. A más de esto, la guerra, que destruyó nuestras comarcas, nos ha costado mucho, y la epidemia nos mató una vaca; y como ya nos habíamos visto forzados á contraer algunas deudas para comprar la casa, nadie ha querido facilitarme el dinero para comprar otra vaca, que nos bastaría á lo menos para poder vivir. Tengo un hermano muy rico, que vive á cosa de unas dos grandes jornadas de aquí: me he puesto en camino para ir á verle, contarle nuestros

apuros, y pedirle algún auxilio. Con sólo cincuenta, ó sesenta francos, hubiera podido comprar una vaca. Mi hermano estaba dispuesto darme esa cantidad, pero su esposa no se lo permitió, oponiéndose vivamente: y me trató con dureza, porque me había casado con un hombre sin, fortuna. En esto mi hermano me dió todo el dinero que llevaba en el bolsilllo, apenas la mitad del que yo necesitaba para mi camino, y me despidió, Ay Dios mío!—añadió la pobre mujer enjugándose los ojos:—qué tristeza es la mía al acordarme de mi esposo y de mis pobres hijos! están aguardándome con impaciencia, y confían que yo les llevaré socorros. Qué harán, los infelices, cuando me vean llegar con las manos vacías?

Acababa de hacer su relación aquella pobre forastera, cuando vino Fritz con su saquito perfectamente provisto de casa. Su esposa le refirió cómo había encontrado la pobre caminante y lo que le había contado.

—Perfectamente! Dorotea,—le dijo Fritz:—estoy sumamente contento en ver que deseas hacer partícipes á los pobres de los bienes que el Señor nos ha dado. La beneficencia para con los forasteros, es uno de nuestros más santos deberes, Tengo mis razones,—añadió volviéndose á la forastera,—para obrar de este modo. Y le refirió también lo que le había pasado con la buena Rosalía, la cocinera del castillo de Laroche.

—Dios de bondad!—exclamó juntando agradecida su manos la extranjera;—será posible! yo soy la misma Rosalía; V. se llama Fritz, y su padre de V. hacía de guardabosques en Grunental, Todavía le puedo dar á V. más detalles que ha olvidado en su relación. Me acuerdo que le dí á V. una sopa, guisantes, zanahorias y carne asada. La botellita en que le traje á V. la cerveza, tenía un tapón de estaño con un ciervo encima, que le llamó á V. mucho la atención, Usted se había enfadado mucho contra el propietario del castillo, y yo le defendí, añadiendo que era más bueno de lo que parecía: y por último, cuando V. se fué, me besó la mano en señal de gratitud. No es posible decir la alegría que me causa el saber

que con una media torta le haya podido hacer á V. tan grande beneficio, y que le encuentre actualmente en una situación tan lisonjera. Cuán singulares son todas estas cosas! No le habría conocido á V.; pero no es extraño; entonces era V. un niño y ahora un hombre robusto y vigoroso á quien Dios ha bendecido en todas las cosas.

El cazador saludó repetidamente y con nueva cordialidad á Rosalía, llamándola mil veces la bienhechora.—Cuando la he visto á V.,—le dijo,—me pareció que no me era V. desconocida; pero no supe acordarme de fijo adónde la había visto. De repente creí que era V. mi buena Rosalía, y para saberlo de fijo, referí la historia de mi encuentro primero con V. Alabado sea Dios, que por fin he podido encontrarla: para mí, es un placer el más inmenso, Hoy no se moverá V. de aquí: mi esposa nos dará lo que tenga en su bodega y en su cocina.

Rosalía no quería consentir en quedarse.—Mañana por la tarde,—dijo,—debo estar de regreso á mi casa, y me conviene andar hoy todavía algunas leguas de camino.—Esto lo arreglaremos de otro modo,—le repuso el cazador:—mañana ensillaré mi caballo, y la conduciré á V. hasta donde el animal podrá correr; y si no fuera que pasado mañana debo ir á la caza con el príncipe, la acompañaría á V. hasta su casa.

Por otra parte, la esposa de Fritz manifestó una grande alegría por haber encontrado la bienhechora de su marido; de modo que Rosalía no pudo resistir por mucho tiempo á las instancias que le hacían para que se quedase» En poco tiempo fué dispuesta una excelente cena, y á los postres Dorotea presentó una torta con un« hermosa corona de flores, y en el centro de la torta se leía esta palabra formada con letras de azúcar: *agradecimiento.*

Oh! dijo Rosalía:—no corten Vds. esta hermosa torta; porque me han hecho Vds. comer tantas cosas, que no me sería posible el probarla.

—No importa,—replicó Dorotea:—la pondrá usted en su canastillo, y la llevará mañana para sus niños.

Entretanto el cazador fué á la bodega y trajo una botella del mejor vino para beber con su esposa á la salud de Rosalía.—Sin la bondad de V.,—le dijo—no estaríamos nosotros aquí; y esta casa en la cual mi Dorotea y yo nos encontramos tan felices, pertenecería á otras personas extrañas.

Al día siguiente, Fritz ensilló su caballo, mientras que Dorotea metía en las alforjas de Rosalía la torta de la víspera, con algunas otras cosas necesarias para el viaje, y un par de regalitos para sus dos hijos. Luego partieron, y cuando hubieron llegado más allá de la mitad del camino, Fritz tomó el permiso de su bienhechora y la dejó prometiendo que la iría ver al poco tiempo, y que daría ira bajo á su marido, cosas que cumplió muy religiosamente.

Rosalía llegó á su pueblo alegremente. Vió á lo lejos á sus dos hijos que venían á recibirla; y que al momento que la divisaron dieron gritos de contento, corriendo y saltando en Frente de ella. Querían saber lo que llevaba en su maletita, pero les detuvo diciendo:—Aguardad que hayamos llegado á casa: los niños no deben ser tan curiosos.

Al acercarse, encontró también á su marido y entraron juntos en la casa. Ella le refirió todo el curso de su viaje, su llegada á la casa de su hermano y la bárbara conducta de su curta da, y por último, que no traía ningún dinero, lo que fué para su marido un golpe fatal, cuyo pesar no se amenguó con la relación que le hizo su esposa de la manera excelente cómo había sido recibida en la casa del cazador. Pero cuando abrió su canastilla y enseñó la torta, sus hijos olvidando los pesares saltaron de alegría. Su padre al contrario; anegado en un mar de lágrimas decía:—De qué nos sirve una torta, cuando lo que necesitamos son veinte ó treinta escudos para comprar una vaca!

Y ved ahí, que cuando la madre se disponía para cortar la torta y repartirla, se para el cuchillo, y no quiere pasar más adelante.

—Cosa extraña!—dijo Rosalía:—no sé porque ha de ser tan dura. Mas riendo que no podía cortarla, trató de romperla: y comenzaron á caer uno, dos, tres, cuatro, una docena de escudos tan hermosos, que la buena madre sintió un placer tan grande como el pequeño cazador cuando encontró las provisiones en el saquito.

—Bendito sea Dios!—exclamó la pobre,—Fritz es quien ha hecho meter este dinero en la torta para que pudiésemos comprar una vaca.

—Así es,—dijo Guillermito, que ya había aprendido á contar en la escuela;—hay treinta y dos escudos, cotilos cuales podremos comprar una hermosa vaca.

—Y tendremos, como teníamos antes, mucha leche y pan con manteca,—exclamó Teresita dando saltos de placer por la habitación.

El padre se descubrió la cabeza, dando gracias á Dios con lágrimas de alegría, y la madre y sus hijos tomaron parte con él en este acto de religiosa gratitud.—La torta que tú diste algunos años hace al calador,—le dijo á su mujer,—ha sido un buen capital: pues retiramos el interés no centuplicado, sino crecido en millares.

—Es verdad,—le contestó:—y también lo es, que el bien más pequeño que haremos nosotros á los pobres, será todavía recompensado en el cielo con mayor abundancia. Hijos míos; sed siempre benéficos hacia vuestros hermanos, y encontraréis almas que os harán también Inmensos beneficios.

Los cangrejos

Catalina, era una joven muy amable, aplicarla, laboriosa, y bastante bien educada; pero tenía un gran defecto: el de ser extremadamente golosa. Sus padres tenían la tienda más hermosa de una pequeña población; y siendo todavía muy niña Catalina, ya no podía resistir á la tentación de visitar los cajones de la tienda, y tomar algunas almendras, higos y pasas. Cuando fué más crecida, vendía secretamente un pedazo de tafetán ó de algodón, ó alguna vara de cinta ó de encaje, á fin de comprarse alguna golosina: y cuando por la tarde salían sus padres á paseo, entonces tenía grande gusto en tomarse una taza de té ó de chocolate, ó en asar y comerse un pichón ó un pollito.

Un día, salió su padre del pueblo para ciertos negocios, y la madre fué convidada á unas bodas. Según su costumbre, quiso aprovecharse Catalina de aquella libertad en que la dejaban; convidó á tres amigan suyas á que la visitaran, y las ofrece café, tortas, uvas y atrae frutas, un hermoso mazapán, y buen vino de Málaga; en una palabra, puso la mesa cubista de cosas buenas en tal modo; que apenas había sitio para otro plato. Las cuatro jóvenes comenzaron á aficionarse á la comida, y empezaron á reir y á conversar; pero he ahí que á la mitad de la fiesta se abre de repente la puerta y aparece la madre de Catalina seguida de otra señora. Las tres convidadas se levantaron estupefactas, y Catalina hubiera querido sepultarse bajo la tierra. Su madre se calló por el momento, y se fué con aquella persona al almacén. Esta era una señora campesina que también había sido convidada á las bodas, y que después de comer quiso aprovechar la ocasión y hacer algunas compras.

La madre de Catalina volvió por la noche, y el padre llegó

también de su viaje. La buena esposa no quiso decírselo enseguida, por no darle pesadumbre al mismo instante de su regreso: pero al día siguiente le expuso la conducta de su hija, la cual fué en él de mucha pena. Quiso hablarle enseguida y la pobre Catalina, que apenas había dormido en toda la noche, se le presentó temblando.

—Mi querida Catalina,—le dijo gravemente,—tu golosina me aflige: piensas que es una ligera falta y sin embargo puede conducirte á muy graves consecuencias, El que no sabe reprimir esta pasión, tiene muy poco poder sobre sí mismo para vencerse en otras cosas, ó insensiblemente se hará víctima de la sensualidad. El que no sube pasar de una comida á otra sin ocuparse de lo que ha comido ó bebido, y dedicarse al trabajo sin la idea de Jo que ha de comer ó beber, adelantará muy poco en el mundo. Mira también como esta golosina puede arrastrarte á otros defectos: en ningún modo hubieras podido disponer ayer una cena tan espléndida, si no hubieras vendido una porción de cosas del almacén, y guardado el dinero en tu poder. Lo que quitas á tus padres, es un robo, y una hija infiel, no podrá ser otra cosa que una esposa infiel y una mala madre, que despojara á sus hijos y á su esposo de lo que necesitan para procurarse un poco de café. Oh hija mía! no manches de este modo tu conciencia, por halagar tu paladar: siempre es preferible comer toda la vida un pedazo de pan negro y beber el agua pura, que cometer una injusticia. Y está bien segura, que la que da semejantes pruebas de su golosina, jamás alcanzará la estimación de los hombres, y siempre será mirada como un sér despreciable.

—Ciertamente,—repuso la madre;—y añade á todo esto, que con las golosinas que comes te vas gastando los dientes. Verás como se te pondrán enteramente negros, y te caerán: los bizcochos también perjudican al estómago: el abuso del café pone el cutis amarillo y seco; y otras cien enfermedades, son la consecuencia de un apetito desordenado, Piensa al mismo tiempo, á cuántos pobres

hubieras podido socorrer con este dinero que has tirado tan inútil como peligrosamente. Acuérdate de que no tienes solamente un estómago para satisfacer, si que también Dios te ha dado un corazón; y que las alegrías del alma y el placer de consolar á los infelices, son infinitamente superiores á la satisfacción que se encuentra en comer. Mira cuán grande es el pecado que cometes! y no dudes que Dios te castigará, si no tratas de corregirte. Tarde ó temprano se descubre el engaño; y no hay trama tan hábilmente urdida, que no llegue un día en que se aclare.

—No hay duda,—continuó su padre:—yo mismo he sido testigo de la manera cómo descubre Dios las acciones malas, y castiga á los que las cometen. Está bien cierta, que si llegas á cometer una sola, no quedará en secreto; y tendrá para tí muy malas consecuencias. Ahora pues, para que te acostumbres á la moderación en el comer, te condeno por un mes entero á no comer ni beber otra cosa que pan y agua.

Catalina se hizo cargo de la verdad de estos avisos. Derramó abundantes lágrimas de arrepentimiento, y les prometió corregirse, pero al poco tiempo, cayó en las mismas faltas. Sus padres partieron muy de mañana á una villa cercana al pueblecito para hacer algún negó ció; le dejaron encargado que cuidara la casa, y que no diera convites como la última vez, Pero vinieron dos amigas suyas sin haberlas convidado, y pensó Catalina que sería una descortesía, despedirlas sin darles una taza de café. Bien es verdad que se propuso decirlo á sus padres, porque había dejado ya de ser tan falsa como antes.

Al poco tiempo llegó un campesino que llevaba colgada un saco en las espaldas, y se detuvo para comprar un pañuelo; pero lo encontró muy caro, y no quiso comprarlo.—Qué lleva V. en este saco, que hace un olor tan singular?—le dijo Catalina.—Cangrejos.—Cómo! Cangrejos? y están ya bien para comerse?—Indudablemente;—contestó el campesino—éste es el plato favorito del señor alcalde.—Qué! ya están vendidos?—preguntó Catalina.—Es lo mismo que si

ya lo fuesen. La esposa del Sr. Alcalde, ordinariamente me los toma todos cada vez que le llevo, Estos me los recibirá con mucho gusto; ya desde ahora estoy seguro que me los pagará perfectamente. Vea V.—le dijo abriendo el saco;—qué grandes son y qué hermosos, cubiertos con su nueva piel; son dignos de presentarse en la mesa de un príncipe.

—Pues bien:—dijo Catalina;—véndame usted una docena: el saco está, lleno, y el Sr. Alcalde podrá contentarse con los que le queden. Tocante al pañuelo, creo que también podremos arreglarnos. Aguárdese V. un instante,—Entró, y volvió á salir enseguida con un pedazo de tela color de escarlata que guardaba desde mucho tiempo.—Ahí tiene V.—le dijo,—un pedazo para un chaleco que puede hacer V. á cualquiera de sus hijos; que como está suelto, se lo podré vender á poco precio.—Cerraron el contrato, y Catalina se sintió ya turbada al momento que recibió el dinero y contó la docena de cangrejos.

Así que se hubo alejado el campesino, tuvo todavía mayor remordimiento: «No debía y° haber comprado esto,—dijo entre sí;—pero los cangrejos están ahora aquí, y por lo tanto, no debo tirarlos». Empezó á guisarlos, aderezándolos con sal y comino esperando impaciente el momento de verlos ya dispuestos. Pero por desgracia llamaron en la tienda, y tuvo que ir allí, y estar más tiempo del que hubiera deseado. Al llegar, su primera acción fué dirigirse á la marmita, y quitar la cobertera; pero al momento dió un tremendo grito y lo dejó caer todo por el suelo. Se había espantado viendo el color escarlata de los cangrejos, porque le recordaron la tela de este color que acababa de vender. «Dios me castigará,—dijo llorosa, y descubrirá todas mis Faltas».

Catalina ignoraba que los cangrejos que han puesto nueva piel, se vuelven encarnados cuando los guisan; así fué que lo tuvo por una cosa extraordinaria, de modo que tan grande fué su admiración como su espanto. Pero lo que más le preocupaba fué que al caerse la marmita, había roto dos

hermosas tazas de porcelana que había junto al hogar. Los cangrejos y los pedazos de la porcelana, andaban mezclados por el suelo; y no sabía que hacerse por tocar aquellos animalitos, que le parecían carbones encendidos, En tal apuro, rogó de todo corazón á Dios que la perdonara, prometiéndose formalmente no caer en adelante en semejante falta.

De repente oye la trompeta de un postillón, y el ruído de un carruaje que se paraba á la puerta de su casa.—Dios mío!—exclamó:—son mis padres, y no creía yo que llegaran antes de dos horas. Ay de mí! Qué es lo que dirán?

Al mismo tiempo corrió llorando á encontrarles, y les dijo.—Oh! Vengan Vds. conmigo á la cocina, y verán qué cosa tan extraña ha sucedido.

Siguiéronla sus padres, y empezó la madre á deplorar la pérdida de sus tazas.—Sí,—añadió Catalina;—es un grande mal; pero vean ustedes estos cangrejos cómo están!—Y bien,—dijo su padre;—Son como acostumbran siempre.

—Ay, Dios mío!—exclamó Catalina más admirada todavía:—me parecen á mí de un rojo escarlata, y será á buen seguro por ese pedazo de tela que he vendido ocultamente. Y explicó la manera cómo había hecho la venta con el campesino, á fin de complacer su golosina.

Aunque les ofendió su atrevimiento, no pudieron menos sus padres que reírse de su espanto. Pero recobrando luego su gravedad, la tomó el padre por la mano y le dijo de esta suerte:—No tiene fundamento alguno el miedo que te han infundido estos cangrejos: siempre que se les hace hervir toman este color, así como ciertos pescados se vuelven azules: es cosa que te ha parecido extraordinaria, y sin embargo, es lo más común, Pero como te ha sucedido cabalmente cuando acababas de hacer una mala acción, Dios ha querido avisarte, pues acostumbra servirse de las cosas más pequeñas para corregirnos. Hoy te has portado mal; y

me causa un grande sentimiento, el ver que no has sabido ser dócil á mis reprensiones ni á las de tu madre, ni á la misma voz de tu conciencia. Acabas de recibir una impresión muy fuerte; has creído ver tu falta retratada en el color de estos cangrejos, y no era otra cosa que tu conciencia que se levantaba para reprenderte. Reconoce, pues, el poder que tiene sobre cada uno «le nosotros: aquel que comete una falta, la debe sentir mal de su grado; tiembla con su misma sombra; se aterra con el raído de una hoja; ve por todas partes la mala acción que ha cometido; siempre va el miedo en pos de él, y la naturaleza misma se le hace un continuo motivo de temor. Pórtate de manera que nada tencas que temer; ni en la presencia de Dios, ni en la de los hombres; y de esta manera, lo que hace poco has experimentado, te sera un manantial de bendiciones para toda tu vida.

El padre, viendo el arrepentimiento de su hija y la resolución que tomaba de enmendarse de veras, le perdonó el castigo que le había impuesto, porque no creyó que fuese necesario.

El efecto: la impresión que causó á Catalina lo que le sucedió este día, no se borró jamás de su memoria. Jamás quitó á sus padres ni la cosa de menos valor, y procuró esforzarse en dominar su pasión por las golosinas, Siempre estuvo contenta de la comida más ordinaria, y no tuvo deseos de comer fuera de las horas de costumbre.

Más tardo se casó con un honrado artesano; fué madre, y después abuela; pero siempre se acordó del espanto que le habían causado los cangrejos; de tal suerte, que siempre que refería esta historia á sus hijos y á sus nietos, les decía:—Los cangrejos caminaban hacia atrás; pero lo que es á mí, me ayudaron mucho á caminar adelante; aunque no fueron solamente ellos, sino Dios que quiso servirse de este medio para refrenar mi gula, y mis inclinaciones á los gastos inútiles, conduciéndome de este modo al punto en que me

encuentro, disfrutando de la felicidad que nos dá su santa bendición.

El nido del pájaro

El consejero de Aretín tenía una hermosa posesión en la campiña y en un sitio sumamente pintoresco. De tiempo en tiempo dejaba su residencia, é iba para respirar el aíre puro del campo, y descansar de las fatigas que le acarreaban sus negocios. A la entrada de la primavera, quiso por primera vez llevar consigo á la quinta á dos tiernos hijos que tenía, los cuales recibieron en ello un placer sin igual. el jardín pegadito á la casa, el trigo de los campos todavía verde, los prados tan cubiertos de flores, todo excitaba su alegría; pero sobre todo les gustó extraordinariamente el parque enteramente lleno de encinas, álamos y abedules, al través de los cuales había los caminos cubiertos de arena.

Su padre les acompañó un día á este parque, y les enseñó un nido de pajaritos. Vieron cinco avecillas muy tiernas, y el padre y la madre que les iban llevando el alimento sin que se espantaran; y esto les dió muchísimo placer.

Entonces les hizo sentar en un banco de piedra que había al pie de una vieja encina, desde la cual se descubría un hermoso panorama.—Quiero contaros una cosa,—les dijo—del nido de un pajarito, que os gustará mucho, y que sucedió en este mismo país.

Los dos niños fijaron su atención, y el padre comenzó de esta manera:

—Hará cosa de unos cuarenta años, que un joven pastorcillo vino muy de mañana á sentarse al pie de esta misma encina para guardar sus carneros. Tenía en sus manos un libro que leía con mucha atención, y sólo de tiempo en tiempo levantaba los ojos para vigilar su rebaño que andaba de una

á otra parte, paciendo por el bosque y á lo largo del riachuelo.

De repente se le presentó un cabal lento de encantadora figura, vestido ricamente y con bordados de oro: era el príncipe hereditario que contaba apenas unos nueve años. El pastor no le conocía» y pensó que era el hijo del primer guarda bosques que venia algunas veces por ciertos asuntos á la próxima casa de campo.

—Buenos días, señor guarda bosques,—le dijo quitándose el sombrero y volviéndoselo poner enseguida.—Puedo servirle á V. en alguna cosa?..

—Una sola quiero; dime, hay nidos de pajaritos por aquí?...

—Vaya! para un guarda bosques, es muy original esta pregunta. No oye V. los pájaros que cantan? Pues indudablemente habrá nidos por aquí, puesto que cada pajarito tiene el suyo.

—De este modo, sabrás el sitio dónde habrá alguno de estos nidos;—añadió el príncipe con dulzura.

—Sí, sé uno muy hermoso; es el más bello que he visco en toda mi vida. Está formado con brizna de paja entrelazada y cubierto de musgo, y contiene ya cinco huevos de un azul admirable, como el cielo.

—Magnífico! Ven ¿enseñármelos, porque tengo curiosidad de verlos.

—Ya lo creo; pero no puedo enseñárselos á usted.

—No te lo pido de balde; pues te pagaré muy bien el trabajo.

—Es muy posible, pero no se lo enseñaré.

Al mismo tiempo que el príncipe, llegó su ayo: un venerable eclesiástico á quien no había advertido el pastor, y le dijo á

éste:—No seas tan poco complaciente, amigo mío: este señorito ha leído muchos libros que hablan de los nidos, pero nunca los ha visto. No le primes del placer que tendrá en ver uno, no lo tocará y quedará contento mirándolo.

Levantóse el pastor, y añadió sacudiendo la cabeza:—No vuelvo atrás en lo dicho, no quiero enseñar el nido.

—Esto está mal hecho,—le replicó el ayo:—debías tener á dicha el agradar á nuestro príncipe heredero.

—Con que éste es el príncipe heredero?—exclamó el pobre niño, descubriéndose la cabeza—Es para mí una felicidad el conocerle; pero no enseñaré mi nido, aunque me lo mandara el mismo príncipe.

El joven príncipe se sintió contrariado.—No había visto jamás una cabeza tan testaruda,—dijo:—pero seguramente que encontraremos un medio para dominarla.

—Pero dinos á lo menos,—le replicó el ayo,—porque te opones á satisfacer nuestro deseo, te dejaremos después tranquilamente, Explícanos los motivos que tienes, para que podamos ver si tienes razón para hacerlo así.

—Pues bien! sepan Vds. que Miguel, aquel pastor que guarda las cabras en aquella montaña, me enseñó ese nido, y le prometí que no lo enseñaría á persona alguna.

—Eso es otra cosa,—dijo el ayo, mas para probar la fidelidad del niño, añadió:—Toma; ahí tienes esta moneda de oro; te la doy, si haces lo que te pedimos. No tienes necesidad de decírselo á Miguel; y si no se lo dices tampoco lo sabrá.

—Pero cómo quiere V. que haga tal cosa?—contestó el pastor.—Obrando de este modo, yo seria un traidor, y no quiero serlo, sépalo Miguel ó no; y aun cuando todo el mundo lo ignorase, qué me importaría, sabiendo yo que soy un malvado y sabiéndolo también Dios?

—Seguramente que no sabes lo que vale esta moneda de oro: pues si la cambiaras en monedas de cobre te bastarían para llenar completamente tu sombrero.

—Es cierto,—dijo el pastor, y volvió á contemplar aquella moneda de oro.—Mi padre seria muy feliz si pudiera llevarle de una vez tanto dinero. Pero no, no; déjenme Vds. en paz.

Después añadió con un tono más sumiso:—Suplico al joven príncipe que me perdone; pero puse mi mano en la de Miguel, y le prometí que no haría traición á su secreto. El hombre no ha de tener más que una palabra. Con que adiós.

Y dichas estas palabras se disponía á partir, cuando el cazador del príncipe que había escuchado á lo lejos toda la conversación, espumeando de cólera cogió al pastor por el brazo y le dijo con una voz terrible:—Malvado muchacho; así te atreves resistir á tu soberano? y cómo eres capaz de posponerte á un muchacho pastor? Enséñanos al momento ese nido, ó te corto la cabeza.

El pobre niño se puso pálido y tembloroso, y exclamó con los ojos arrasadas en lágrimas:—Perdón, perdón)

—Pues bien!—replicó el cazador;—enséñanos el nido.

El pastor juntólas manos con aire suplicante; y dirigiendo una mirada de terror á las armas del cazador, volvió á decir:—Es imposible.

—Muy bien,—dijo el ayo:—queda tranquilo, amigo mío, que no te se hará ningún daño. Te has portado muy noblemente, y tienes un alma excelente. Anda; pide á tu amigo que te lo permita, y ven á enseñarnos ese nido. Dile que partirás con él esta moneda de oro.

—Muy bien,—dijo el pastor:—anteado la noche, tendrán Vds. contestación.

El ayo y el príncipe regresaron la casa de campo, en la cual

habían venido á pasar algunos días. Por el camino dijo el ayo:—La lealtad de este niño, es digna de nuestra admiración: es una piedra preciosa de inestimable valor. Hay en este pastor abundante materia para formar un hombre apreciable, es decir, un carácter firme y hermoso. Así es como á veces se encuentran en las chozas ciertas virtudes que se buscarían en vano en los palacios.

Llegados á la casa de campo, preguntó el ayo quién era aquel niño, y le contestaron que era un apreciable muchacho, conocido por el nombre de Jorge, hijo de un jornalero pobre, pero muy honrado, que vivía no muy lejos de aquel sitio.

Cuando hubo terminado la lección del príncipe, se asomó á la ventana, y exclamó:—Ahí está Jorge que nos aguarda: ha hecho acercar su rebaño, y mira continuamente hacia este lado. Vamos á saber su respuesta.—Y salió con el joven príncipe.

Jorge corrió alegremente á su encuentro, y les dijo:—Todo va á pedir de boca, y estoy contento de haber hablado á Miguel; porque ahora les puedo á Vds. enseñar el nido. Venga V., señor príncipe.

Pasó adelante, y le siguieron el príncipe y su ayo.—No ven Vds.,—les dijo, este pájaro amarillo que canta con tanta alegría sobre aquella rama de álamo? Pues éste es el pájaro del nido que buscamos. Ahora, caminemos con silencio.

En el sitio en que dejaba el bosque un pequeño vacío, un zarzal de espinas blancas levantaba sus hermosas hojecitas artísticamente labradas, y sus flores olorosas que se entreabrían á los rayos del sol.

Jorge señaló este zarzal con el dedo, y dijo al joven príncipe:—Mire V. la hembra está empollando sus huevos. El animal echó á volar enseguida, y entonces pudo el príncipe contemplar á su placer el nido y los hermosos huevos que guardaba.

—Ahora,—dijo el ayo al niño,—voy á darte la recompensa que te habíamos prometido. El oro no te serviría para nada; y voy á pagarte igual valor en plata; y tomando un rollo que traía en su bolsillo, contó sobre un banco de piedra una cantidad de piezas pequeñitas, que admiraban al pobre pastorcillo.—Que lo compartas bien con Miguel,—le dijo.—Lo prometo sobre mi palabra,—conteste Jorge;—y se escapó con su tesoro, como si lo hubiese robado.

El ayo se informó más tarde de la manera cómo había hecho la distribución; y supo que Jorge no había engañado á su camarada ni de un maravedí, y que lo que tocaba á él, lo había entregado íntegro á su padre, sin reservarse nada para sí.

Desde este día, el príncipe fué todos los días al bosque para visitar el nido; y como no hacía ningún mal á los pajaritos que estaban allí, prontamente no le tuvieron ningún miedo. Tenía mucho gusto en verles empollar sus huevos, y luego en ver los cinco picos amarillos como se abrían y piaban á la vez, cuando su padre y su madre les llevaban la comida; y mucho más lo divirtieron, el día que les vió ensayar sus alas, é ir revoloteando por las vecinas ramas.

En estos paseos, el ayo y el joven príncipe encontraron muchas veces al pastor que guardaba sus rebaños, ora á la una parte, ora á la otra; y le gustaba mucho al ayo verle siempre ocupado tan asiduamente en la lectura. Un día le pidió que leyese en alta voz en su presencia; el muchacho lo hizo de buen grado, pero no pudo conseguirlo sin detenerse algunas veces en deletrear.

—Esto va bien!—dijo el ayo:—en qué escuela has aprendido?

—Todavía no he podido asistir á la escuela,—dijo el pastor:—porque está lejos, y hubiera tenido que perder mucho tiempo para ir. Durante el invierno, he de quedarme á hilar en mi casa. Mi padre no tiene haberes para pagar un

maestro que me enseñe; pero Miguel, que lee muy correctamente, me ha enseñado á deletrear, y luego unir las sílabas. Por tres veces he leído ya este libro que Miguel me dió; pero está tan gastado y destruído, que casi no se distinguen las letras; y por eso me es tan difícil leer en él.

Algunos días después, cuando el príncipe encontró otra vez á Jorge, le presentó un hermoso libro nuevo encuadernado en chagrín, y le dijo:—Ahora, te lo dejo; pero cuando podrás leer una página entera sin hacer ninguna falta, será tuyo.

El pobre pastor admitió gozoso esta ofrenda; y el día siguiente, fué á encontrar al príncipe, y le dijo:—Voy á leer: escojan Vds. la página que quieran, de las seis primeras hojas de este libro: no creo cometer ninguna falta.—Hecha la prueba, el príncipe te regaló su libro, y Jorge quedó contentísimo.

Una mañana llegó de improviso el padre del joven príncipe á la casa de campo, para ver á su hijo y juzgar de los adelantos que hacía; y durante la comida le hablo su hijo del nido del pájaro y del joven pastor, y añadió el ayo:—La fidelidad de este niño es una cosa admirable, y Jorge sería un excelente servidor. Bueno seria, que para utilizar los dones de que le ha colmado el Señor, se le dedicara al estudio, Su padre es pobre: y sería muy sensible que no pudiera ser más que un jornalero como su padre.

Al levantarse de la mesa, el príncipe llamó al ayo aparte, y se entretuvo con él por largo tiempo. Enseguida mandó á llamar al pastor, que quedó muy sorprendido cuando entró en una sala magnífica y vió á su noble señor con una estrella de oro sobre el pecho.

El ayo le dijo quién era, y Jorge se inclinó profundamente hasta la tierra.

—Y bien! amigo mío,—le dijo afablemente el príncipe;—sé que eres aficionado á las letras. Te gustaría estudiar?

—Si no dependiese más que de mí, mañana mismo seria estudiante; pero mi padre es demasiado pobre.

—Escucha,—dijo el príncipe;—vamos á ver si habrá medio de hacer alguna cosa en favor tuyo. El ayo tiene un amigo, un párroco de un pueblecito, que recibe niños en su casa, y les enseña las lenguas sabias: te enviaré á su casa, y me encargo de pairar todos tus gastos. Qué te parece?

El príncipe esperaba que el niño iba á manifestarle su-alegría, y le besaría ias manos en señal de gratitud; pero vió que empezó por sonreírse, y que al momento se cubrió su rostro de tristeza,—Cómo?—le dijo:—me parece que en vez de alegrarte te entristezco? Di me: por qué te afliges?

—Oh Dios mío!—exclamó Jorge:—es que mi padre es tan pobre! y tiene tanta necesidad de lo que gano en verano guardando los rebaños, y en el invierno hilando! Ya sé que es muy poca cosa, pero lo necesita.

—Eres muy buen hijo,—le contestó el príncipe;—y el amor que profesas á tu padre vale más que la perla más preciosa de mi enrona. No te aflijas por esto: al cambias tu oficio actual con la pluma y con los libros, yo me encargo de tu padre. Estás contento?

Fuera de si el pobre Jorge, cubrió de besos la mano del príncipe, y se lanzó fuera del palacio para llevar á su padre esta buena nueva. Al poco rato vinieron los dos llorando de alegría y no sabiendo cómo expresar su reconocimiento.

Al hacer este relato, el Señor de Aretín se sintió de tal suerte conmovido, que sus lágrimas saltaron de sus ojos, y se quedó callado.

—Pero bien!—le gritaron sus dos hijos Adolfo y Guillermo:—la historia no está acabada todavía. Qué le sucedió al buen Jorge?

—Amiguitos míos,—dijo el padre;—este Jorge, este pastor de carneros, soy yo. El príncipe me tomó á su servicio cuando hube terminado mis estudios, y quedó satisfecho de mí; al cabo de unos diez años murió, pero no murió su recuerdo: mi gratitud y la de todo el país le seguirán hasta la eternidad.

Aquel pequeño príncipe que ví en el bosque por la primera vez, es el mismo que hoy día nos gobierna.

El cura de nuestra iglesia, principal, que os tiene tanto cariño y os enseña con tanto celo, es el buen ayo.

Mi padre, que traje conmigo y que pasó días muy felices en mi casa, nos ha precedido en el cielo. Os amaba mucho, y siempre procuró agradaros: ya os acordaréis todavía de aquel anciano bueno y honrado. Que descanse en paz!

Con la ayuda de Dios, he podido comprar esta tierra, que es la misma en que guardé los rebatios cuando niño.

Mi buen arrendatario, es el mismo Miguel que apacentaba las cabras en la montaña, y que me dió las primeras lecciones.

—Pues bien!—dijo Guillermito—el nido del pájaro es el que le ha dado á V. tanta fortuna. Que vivan esos pajaritos! Diga V. papá: que son los mismos que han construído aquel nido en la misma derechura del bosque?

—Por qué no?—contestó Adolfo:—pero qué dices del nido! Porque nuestro buen papa era honrado y laborioso, por esto, de pastor de rebaños ha llegado á ser consejero íntimo y propietario de todos estos terrenos.

—El honor de todas estas cosas, hijos míos, no es debido á mí; sino únicamente á Dios. Cómo habría podido hacer yo tanto, siendo como era, un pobre niño? Dios ha sido quien me ha guiado siempre. Sirvióse del nido de aquel pájaro, para hacerme conocer al príncipe heredero; y después, ha recompensado mis fatigas y mi fidelidad. Emplead siempre bien los talentos conque os ha favorecido el cielo; trabajad,

hijo míos, con una recia intención; sed probos y virtuosos, teniendo sobre todo mucha, confianza en Dios, y robadle que os ayude: y de esta suerte, veréis vuestros esfuerzos recompensados abundantemente. Que Dios lo quiera así!—añadió levantándose y bendiciendo con una viva emoción á sus dos hijos, que conmovidos como él lloraban tiernamente.

Debemos añadir aquí lo que se calla el relato precedente. El consejero de Aretín, sirvió fielmente á su príncipe; y como siempre le decía francamente la verdad, su influencia fué un manantial de prosperidad para el país.

Sus dos hijos, Adolfo y Guillermo, siguieron las pisadas de su padre, y merecieron la general estimación. Adolfo, llegó á ser igualmente consejero; Guillermo oficial, y ambos, famosos por su fidelidad á su cargo, y por su ciencia, y su rectitud de corazón fueron el apoyo de su padre y la corona de su ancianidad.

El petirojo

Martín Franc era un valiente militar que había hecho un gran número de campañas y combatido por su patria honrosamente. Cuando se retiró del servicio, al llegar á su casa encontró muertos á sus padres; y por toda heredad, una pequeña habitación y una reducida huerta; muy poca cosa á la verdad; porque llevaba el pobre muchas heridas, que le imposibilitaban de consagrarse al trabajo. Comenzó ponerse de mal humor y cavilaba día y noche cómo podría hacerlo, á fin de procurarse una honrosa subsistencia. Observó un día, que una porción de troncos y de raíces desechados en el bosque, tenían hermosas venas, y pensó al momento aprovecharse de ellos para una nueva industria. Al efecto, se dedicó á la confección de pipas y cajitas para rapé, con una habilidad que le mereció extraordinaria aceptación. Singularmente las pipas, que cincelaba y pulía con delicadeza, fueron tan buscadas, que hasta personas de muy huerta fortuna las preferían á las más ricas y adornadas con trabajos en plata.

Trabajaba Franc asiduamente toda la semana; ya en la confección de sus pequeños trabajos, ya también en recoger por el bosque la madera que más le con venia, vistiendo estos días con la misma pobreza que pudiera hacerlo un albañil. Pero llegaba el domingo, y entonces le hubierais visto pulido con su uniforma verde, sus alemares encarnados y su medalla de honor clavada sobre el pecho; y de este modo, apoyándose en su bastón de cabo, iba á la iglesia por la mañana, y por la tarde la posada á bromear honestamente con algunos amigos suyos. En sus gestos y en su andar, se veía algún resto de sus costumbres militares; conservaba el bigote, y por su lealtad, su experiencia y su amor al orden, era generalmente estimado. De esta suerte, con su trabajo y

sus economías, llegó á crearse una pequeña fortuna: porque Franc no era de aquellos que al momento que han ganado algún dinero, no piensan otra cosa más que en derramarlo, y se imaginan que siempre les irá del mismo modo.

Cuando fué un poco acaudalado, no mandó construir de nuevo su antigua casa: pero supo sacar tan buen partido de ella, que adornándola con puertas y ventanas de madera negra y cristales redondeados, la presentó como nueva en medio del verde follaje y de los árboles frutales que la circuían. Luego se casó y tuvo dos lujos, un niño y una niña, á los cuales educó con muchísimo cuidado. «A aquel que tiene buena voluntad, acostumbraba decir, no le falta nada de cuanto necesita.—La industria más insignificante hasta para mantener á un hombre—Cumple con tu obligación y deposita en Dios tu confianza, que no te negará jamás el apoyo de que necesitas».

Llegado á una edad avanzada, y cuando había perdido á su esposa, el intrépido Franc quiso administrarse la casa por sí mismo sin ayuda de ninguna criada. Trajo á su casa á su nieto, que era un niño muy bueno y gracioso, y al cual en memoria de su abuelo le habían dado el nombre de Martín. Martinillo se unió á él de corazón y con toda el alma; y para complacerle, prevenía sus deseos mirándote al semblante, sin aguardar á que le mandara cosa alguna. Franc lo hizo trabajar con él; y para distraerle le refería la historia de sus campanas, unas veces triste, otras alegre, á las cuales juntaba con mucha habilidad una lección moral.

Cada vez que iba Franc al bosque por la leña, iba también con él su nietecito; para el cual era aquello una gran fiesta. Su abuelo le enseñaba allí los nombres de los árboles, y sus propiedades.—Nuestro buen Dios,—le decía,—ha sido muy previsor, hacer crecer estos árboles entorno de nosotros; porque si no les tuviéramos, nos faltarían una multitud de cosas. Aquellos abetos que ves en la cumbre de la montaña, nos dan las vigas, tablas y listones. Nuestra casa, está hecha toda de abeto; lo mismo que nuestra mesa, nuestros bancos,

nuestros cofres y nuestras camas. Los demás árboles, como la encina y el haya, tiene una madera dura y compacta: si nuestro carretón no estuviese formado de una tal madera, nos serviría por muy poco tiempo; y con ella también hemos de hacer los mancos de nuestras hachas. Cada especie de árbol, tiene un color particular; rojo, moreno ó amarillo, y así es que sirven también por adorno de las habitaciones: el arce tiene un color como de mármol y unas venas tan delicadas, que apenas se distinguen; y esto es lo que hace tan bellas las obras que nosotros trabajamos. Es verdad, que los frutos que producen estos árboles no podemos comerlos; pero en cambio proporcionan medios de subsistencia á una multitud de personas laboriosas como nos dan á nosotros cuanto necesitamos. Y como es Dios quien lo ha dispuesto así tan sabiamente, por esto debemos reconocer su bondad, y rendirle mil acciones de gracias cada día.

Martinillo sentía un extraordinario placer en ver á los pajaritos por el bosque, y escuchar sus cantos. Un día dijo á su abuelo:—Quiere usted que cojamos algunos de estos pajaritos para llevarlos á casa?—No,—contestó Franc.—Por qué no? Cantan con tanto primor, que seria una gloría oirlos cantar en nuestra compañía.—Ya es verdad que cantan bien pero estos pobrecitos animales, sise les encierra se ponen enfermos y mueren á los pocos días.

Sin embargo; en cierta ocasión estaba Franc sentado al suelo y comiendo con su nieto que le traía la provisión en una cesta; cuando he ahí que llega un petirojo y se entretiene en comer las migajas del pan que le caían—Qué hernioso pajarito,—dijo Martinillo á media voz para espantarle.—No sé lo que daría para tenerlo este invierno conmigo.—Pues bien,—dijo su abuelo;—es una cosa muy fácil, El petirojo es muy confiado; y le guata ms pasar el invierno en nuestras casas que en el campo.

Y enseñó á su nieto la manera de cogerlo. Martinillo corrió mucho tiempo por el bosque sin que pudiera echarle mano. Por último, vino un día contentísimo á su casa, y

exclamó:—Mire usted, abuelito: ya he cogido uno. Mire V. qué hermosos son sus ojos negros y su garganta encarnada. Ya no me dan pena ahora las fatigas que he pasado.

Al momento lo encerró en su habitación, y se divertía en verle cazar moscas, comer el cañamón, y bañarse en el agua. Buscó en el bosque un plantel de abeto verde que trasplantó en una maceta, y lo puso en un extremo de su cuarto; gozándose en ver al pajarito como saltaba por él de rama en rama.

Al poco tiempo, el pajarito se familiarizó tanto con él, que le vino á tomar las migajas de pan de entre los dedos, ó se ponía en el respaldo de la silla, comiendo con él. Algunas veces salía por la ventana: daba una vuelta al jardín, cantando alegremente y después se volvía sólito á su encierro.

Era esto para Martinillo un motivo de alegría continua; y cuando empezaba el pajarito á cantar, el pobre niño contenía su aliento para no perder ni una sola nota; y escuchaba con tamo entusiasmo, como lo podría hacer un príncipe oyendo al músico más celebrado.

Un domingo por la, tarde, tomó su calendario el abuelo, y exclamó:—Válgame Dios! y cómo se pasad tiempo! el martes próximo es la fiesta de S. Martín. En esta época, el año pasado era yo muy dichoso; mi buena Isabel vivía todavía, y comíamos juntos un ánade que había preparado ella misma para mi aniversario, pero este año, la fiesta será muy triste. Todo va mal si no se tiene una mujer para cuidar la casa: me he olvidado de esta antigua y agradable costumbre de hacer asar un ánade para el día de San Martín, y ahora es ya demasiado tarde.

Y diciendo esto tiró con mal humor su verde uniformé, y se dirigió á la taberna del Aguila de oro en donde tenía la costumbre de leer cada domingo el diario á sus paisanos, y de explicarles las noticias de la guerra.

Apenas salió, cuando entró en su casa Adolfo, niño de corta edad, ó hijo del barón de Waldberg, encargando que le hiciesen dos pipas, conforme á un modelo que llevaba. Encontró á Martillo entretenido con su petirojo que acababa de tomarle de la mano algunos granos de cañamón mondado.—Cuánto quieres por este pajarito?—le dijo Adolfo;—veo que está domesticado, y me vienen deseos de comprarlo—No está de venta,—le contestó Martinillo,—y no lo cedería yo á ningún precio.—Pero el hijo de Waldberg, aumentando el precio, llegó á ofrecerle hasta tres francos. Martinillo comenzó á calcular que con esos tres francos podía comprar un ánade, y procurar de este modo dar á su abuelo una sorpresa sumamente agradable. Cede entonces el pajarito á Adolfo, pero le recomienda con la mayor instancia que le tenga sumo cuidado.—Vaya V. alerta,—le dijo—que los gatos no se acerquen á este pobre pajarito; y no le corte V. las alas.

Enseguida sale, y va de puerta en puerta, buscando quien le venda un ¿nade. No tardó mucho en encontrar uno muy hermoso, pero le pedían cuatro francos; explicó á su paisano la manera cómo había recogido estos tres francos, y viendo su excelente corazón el buen hombre se lo dió por este precio.

La víspera de la deseada fiesta, llega Martinillo con su ánade debajo del brazo; recita la felicitación que le había enseñado el maestro, y al Final de la arenga se inclina profundamente y le presenta su ánade.

Fraile, que tenía un carácter rígido en lo que tocaba al honor, aceptó muy malamente aquel regalo. Incomodóse; y amenazando con el bastón su pobre nieto, le dijo;—De dónde has tomado el dinero para comprar esto? Y al mismo tiempo hizo un movimiento que daba muy bien entender cómo se acordaba todavía de sus costumbres de cabo.

Martinillo se calló.

—No quieres responderme?—gritó el anciano con una voz de trueno;—de dónde has tomado este dinero?...

Obligado Martinillo, tuvo que referir toda la historia á su abuelo, manifestándolo cómo había vendido su pajarito; y Franc, enjugándolas lágrimas que caían sobre sus bigotes, exclamó:—Magnifico! te has portado bellísimamente, y estoy contentísimo de ver cómo quieres á tu abuelo. Este día de San Martín será un día grande para nosotros; una hermosa Fiesta.

Cuando se fué Martinillo para dejar el ánade en otra parte, elijo el anciano:—Este muchacho tiene un corazón de oro. Lo que acaba de hacer es una noble acción: San Martín dió la mitad de su capa á un pobre; él sacrifica todo lo que forma su felicidad para dar un momento de satisfacción á su abuelo. Este niño será con el tiempo alguna cosa.

Como en los campamentos había aprendido un poco de guisar, Franc arregló el guisado por sí mismo; puso el ánade en la mesa, y colocó á su nieto en el Jugar preferente. Mientras estaban comiendo, llegó un criado del castillo diciendo: que sus amos sabedores de que Martinillo había vendido su pajarito para ciar una sorpresa agradable á su abuelo Franc, deseaban tomar parte en la fiesta del cabo veterano, y le enviaban para esto una botella de buen vino. El buen viejo se sintió sumamente conmovido por este recuerdo del señor de Waldberg; y Martín se alegró más todavía de haber podido procurar con su petirojo, otra satisfacción más su querido abuelo.

Apesar de todo, suspiraba siempre por su pajarito; y no podía ver sin dolor el abeto que tenía solitario en su habitación. Una noche de invierno, estaba con su abuelo sentado junto la chimenea: nevaba y llovía al mismo tiempo: y silbaba con tanta fuerza el viento, que parecía como que debiera arrancar la casa de sus cimientos. De repente grita Martinillo:—Veo un pajarito que está fuera de la ventana, y

con su pico hiere los cristales como para pedir auxilio.—Corrió y abrió la ventana; pero quién podrá expresar la alegría que sintió cuando reconoció su querido petirojo?—Oh mí amado pajarito!—le dijo:—con que has venido otra ves á visitarme? Veo que no has olvidado á tu amiguito Martín; pero cómo has podido encontrar nuestra casa? Será que prefieres vivir aquí bajo nuestro humilde techo, que allí en tu soberbio palacio? Anda, ven conmigo; que ya tenemos fuego para calentarte, una sopita para alimentarte, y sobre todo, un buen corazón para recibirte, Por ventura puedes desear otra cosa?

Extendió su mano, en la cual vino á posarse el petirojo.—No es verdad,—continuó—que quieres vivir con nosotros? Pero no; yo no puedo guardarte, porque esto sería un robo. Es necesario que te devuelva á tu amo. Ah! tú no sabes cuánto me duele apartarte de mi lado, pero es preciso hacerlo.

Y apretaba al petirojo contra sus húmedas mejillas.

—Bravo, muchacho!—dijo su abuelo;—así me gusta. Pero devuelve al momento este pajarito, porque después se te haría más difícil. Las cosas que no son nuestras, no deben estar con nosotros ni una sola noche; anda, y llévalo á su dueño antes que sea más tarde.

Toma su gorro Martín, y se dirige al castillo corriendo al través de la nieve y de la lluvia. El joven Adolfo tuvo un grande placer en recobrar su petirojo. Su madre, que trabajaba á su lado, se conmovió en el alma por la fidelidad de Martín.—Has obrado bellísimamente, le dijo:—podías muy bien haberte quedado con el pajarito, sin haberlo sabido nosotros; pues aun cuando lo hubiere visto yo en tu habitación, jamás hubiera podido pensar que fuese el mismo. Nunca hubiera podido imaginarme que estos animalitos pudiesen encontrar con tanta exactitud la casa en que les habían acogido con ternura; y si se muestran ellos tan reconocidos, con cuánta más razón los hombres deben practicar esta virtud?

Con todo, Martinillo quedaba sumamente triste pensando que había de volverse sin su petirojo. Viéndolo de este modo, la madre de Adolfo dijo á su hijo:—Ya ves, amigo mío, como tu pajarito es la única alegría de este niño; lo vendió, como sabes, para dar un placer á su abuelito. Tú le has dejado escapar por negligencia, y él se fué á encontrar á su primer amo, que ha sido muy honrado en devolvértelo. Sería conveniente que ahora lo admitieses?

—No, señora,—contestóle Adolfo;—esto no debo hacerlo. Ahí tienes tu petirojo: te lo regalo, Martín, en recompensa de tu fidelidad.

Martinillo no se atrevía á recibirlo; pero Adolfo le dijo:—Puedes tomarlo; y si algún día puedes coger otro pajarito semejante á éste, me lo traerás.

—Oh! Mil gracias!—exclamó con alegría el pobre niño:—aunque me hubiese V. regalado este castillo, no hubiera hecho V. un obsequio tan agradable como éste. La señora de Waldberg, satisfecha de la conducta de su hijo, abrió su cómoda, y tomando una moneda de oro la dió á Martín diciéndole:—Toma, mí hijo Adolfo ha subido apreciar tu noble carácter, y no es justo que deje yo de hacerlo. Tómala: tu rectitud de corazón vale mucho más que el oro.

Enseguida corrió Martín á su casa, y entrando precipitadamente en la habitación de su abuelo le dijo:—Vea V. mi petirojo, que viene conmigo por la tercera vez: es una avecilla que trae buena fortuna. Vea V. lo que le debo esta noche. Verdad que es una hermosa moneda de oro? Se la regalo á V., porque yo ya soy bastante rico.

—Repara,—le dijo su abuelo,—cómo se realiza todo lo que te digo, La baronesa estima la fidelidad mucho más que el oro; y todas las personas elevadas piensan así mismo. Así pensaba también aquel buen rey á quien tuve la honra de servir, y cuya imagen ves tú en esta moneda. Mírala; parece que esté

hablando; y á la verdad, si pudiese hablar, diría también como el viejo Franc: Amigo mío, procura siempre ser honrado y fiel.

—Con este oro,—añadió Franc,—te compraré un vestido nuevo; porque lo tienes merecido, Acuérdate tan sólo de no querer guardar jamás la cosa más insignificante, si no te pertenece legítimamente.

El petirojo, debía dar á Martinillo mucho más todavía de un ducado. Lo mismo él que su abuelo, fueron desde entonces más conocidos por los señores del castillo. Un día, mientras se paseaba el barón con su familia, pasaron por delante de la casa de Franc y exclamó Adolfo:—Quisiera saber cómo está mi pobre pajarito:—y para darle gusto, entraron todos. El señor de Waldberg, que no conocía á Franc más que de vista, comenzó á hablar con él, y le interesó sobremanera el relato que le hacía de sus campañas pasadas. Desde este día, volvió cada vez que iba de caza; entraba comprar una pipa, y se entretenía un par de horas platicando con el antiguo cabo de infantería. Martinillo iba también de tiempo en tiempo al astillo.

Llegó por fin la época en que Franc empezó á sentir los achaques de la vejez, y no pudo trabajar como en otro tiempo sus labores en madera. Había dotado tan generosamente á su hijo y á su hija, que casi no quedó nada para sí. Por otra parte, estos mismos hijos los habían tenido también un tan gran número, que no se encontraban tampoco en ninguna buena posición. El pobre viejo había estado siempre en la inteligencia de que Martín siguiendo en su fabricación de pipas y cajitas podría con seguir una honrosa posición; pero á su ejemplo se dedicaron varias familias al mismo género de industria, y aquellos objetos fueron vendiéndose á menos precio, á proporción que se hicieron más comunes. Era necesario, pues, bascar un oficio para Martín, y los gastos de aprendizaje eran muy crecidos.

Martín, que tenía ya catorce años, fué un día al castillo; y Adolfo le enseñó un bellísimo escritorio que su padre había

mandado traer del vecino pueblo.—Es un hermoso trabajo—dijo Martín,—ved ahí una especie de madera de arce que yo no había visto, y qué buen efecto producen estos pedacitos de nogal y guindo!

El barón de Waldberg, que entró en aquel momento, se admiró viendo cómo distinguía Martín las diferentes maderas.—Quién te lo ha enseñado?—le dijo.—Mi abuelo. Yo mismo tengo formada una colección de todas las maderas de los árboles que se encuentran en bosques y jardines; está arreglada en pequeñas tablitas, á poca diferencia de la misma altura y de la misma forma que estos libros que tiene usted aquí: la corteza que les he dejado se parece al dorso de estos libros; y el resto de la madera, que está bien pulida, figura el corte y las cubiertas.

El barón, que desde mucho tiempo deseaba tener un inteligente ebanista, le dijo:—Veo que entiendes muy bien las obligaciones de tu oficio; un armario como Éste es una magnífica pieza. Qué te parece? Te gustaría ser ebanista?

—Y mucho,—le contestó Martín;—pero mi abuelo no puede pagar mi aprendizaje.

—Pues yo me encargo de ello,—le dijo el barón;—y si merece la aprobación de tu abuelo, te colocare al lado del maestro que ha hecho este armario.

Esta noticia causó una grande alegría al pobre Martín y á su abuelo. Poco tiempo después, conoció ya su oficio de ebanista; hizo un viaje, volvió á su patria vivo, alegro, bien parecido y conocedor á fondo de su obligación. El barón de Waldberg quedó encantado de sus obras, y le ayudó á establecer un taller. La antigua casa, fué completamente restaurada; el barón lo regaló la madera necesaria, y Martín hizo por sí mismo la mayor parte de los trabajos de carpintería, Como era laborioso ó inteligente, en poco tiempo ganó mucho dinero, y luego se casó con la hija de un rico campesino.

El abuelo tuvo aun la dicha de presenciar la felicidad de su nieto, viviendo contentísimo en su compañía. Martín, procuró también ser útil á sus hermanos y hermanas, y les asistió en todo lo posible. En cierta ocasión, cuando toda la familia se había reunido en su casa ara Celebrar el día de San Martín, la fiesta del abuelo, el viejo Franc le dijo:—Indudablemente, será ésta la última vez que yo veré á mis hijos reunidos entorno de esta mesa. Todavía me acuerdo con gusto de aquella tarde en que Martín vendió su petirojo para celebrar mejor mi fiesta. A este petirojo debe ahora toda su prosperidad. Dios le está recompensando el amor que me ha tenido, su laboriosidad su honradez y su intachable conducta, lo ha puesto en estado de poderme procurar una feliz vejez, y de colmaros á todos de favores. Ahora, moriré contento porque aquel que cuida de las avecillas ha cuidado también de nosotros por medio de un inocente petirojo.

El antiguo castillo

I

En el fondo de una montaña poblada de espesos bosques residía un carbonero llamado Roberto. La cabaña era de madera y estaba construida sobre una peña, la cual estaba rodeada de un valle fértil y muy ameno. Un pequeño riachuelo serpenteaba en el fondo; y muchas veces con las lluvias se salía de madre, convirtiéndose en impetuoso torrente que arrastraba ramas, arbustos, piedras y troncos de árboles. Todo el territorio que estaba al exterior del ralle era en parte árido y en parte poblado dé árboles seculares, de modo que aquel sitio era solitario y poco frecuentado. Sólo el carbonero lo tenía bien medido, No se veía, exceptuada la cabaña, ninguna cosa hedía por mano del hombre, todo pertenecía exclusivamente á la naturaleza.

A poca distancia de la cabaña había una cantera envuelta en un pinar y en la cúspide de dicha montaña descollaba una torre en ruínas, restos de un antiguo castillo feudal que últimamente fué habitado por una banda de foragidos. En aquella soledad vivía Roberto con Eduvigis su esposa y sus dos hijos Nicolás y Tecla: y pasaban muchas semanas sin ver á otro sér humano. Los únicos seres vivientes que concurrían en el valle eran muchas liebres y cabras monteses y algunas veces bajaba al arroyuelo algún ciervo cansado de correr. Roberto empleaba el día cortando lena y quemándola para obtener carbón: tan pronto la encendía en un lado del bosque, tan pronto en otro, según como se le presentaba la ocasión; su mujer cuidaba de la casa y en los momentos libres hilaba; Nicolás guardaba un rebañito de cabras y Tecla tenía á su caro media docena de ovejas que apacentaban en los bosques del arroyuelo. Juntos vivían pacíficamente como buenos cristianos sin tener más deseos, ni más idea del mundo que su cabaña y aquella pacífica soledad.

Los dos hijos bajo la dirección de sus padres estudiaban la naturaleza y escogían los mejores productos. Se entretenían cogiendo fresas y moras silvestres, y también solían formar hermosos ramilletes de flores con los que adornaban la chimenea. En el arroyuelo se criaban truchas y en los días festivos el carbonero se divertía pescando.

En la cantera inmediata había hermosas cristalizaciones; y siempre que Nicolás recorría con sus cabras aquellos peñascos solía recoger hierbas y otros objetos petrificados, y siempre llevaba á la cabaña algunos de aquellos fósiles, de los cuales hizo una excelente colección; y los viajeros que de cuando en cuando visitaban aquella soledad se los compraban, siendo para el carbonero la venta de aquellos fósiles otro ramo de su industria.

El mayor placer de Nicolás era el ir á encentrar á su padre en el bosque al anochecer, después de haber encerrado las cabras y pasar con él la noche haciendo carbón; desde la choza construida de ramas de pino junto á la carbonera, se divisaba la torre y las ruínas del castillo.

Nicolás dijo un día á su padre:—Tengo la mayor curiosidad de ver el interior de aquellas ruínas. Un día iré allí con mis cabras, y registraré el interior.—No lo hagas,—le decía el padre;—todas las paredes se desmoronan, y podría sucederte una desgracia.

Entonces Nicolás le preguntaba:—Cómo los dueños habían consentido que aquel castillo se arruinase? Y su padre le contaba espantosas historias compuestas de antiguas tradiciones populares, relativas á un caballero de pésimas intenciones que robaba y asesinaba, y vivía con la mayor disolución encerrado en aquel alcázar, hasta que por fin fué preso y murió en un cadalso, habiendo quedado reducido á cenizas aquel magnífico castillo.

Concluída la narración el padre solía decir:—ya lo ves. El malvado no prospera siempre. Llega el día en que paga de una vez todos los males que causó. Si el caballero hubiese sido hombre de bien, el castilla existiría y él no habría perdido la vida afrentosamente en un cadalso. Esta torre es un testimonio de la justicia de Dios y un monumento para lo futuro, con el fin de recordar que el crimen jamás queda impune.

II

Un día Nicolás condujo las cabras alrededor de la cantera, y mientras las cabras deshojaban los arbustos, el joven escogía petrificaciones. De pronto oyó un ruído singular, y escudriñando las rendijas de la peña, divisó en un agujero una pequeña raposa que había resbalado y caído de lo alto de manera que no se podía mover. Entonces Nicolás sirviéndose de un tronco medio podrido de un viejo pino, lo arrimó á la peña y haciéndole los oficios de una escalera de mano, pudo llegar hasta el punto en dónde estaba el animal y lo cogió.

Al regresar á la cabaña lo presentó á su padre. Tecla al verlo, le dijo:—Nicolás, en dónde encontraste este perrito?—No es perro—contestó el padre;—es una pequeña zorra que apenas tendrá tres meses; la pobre está muy flaca, y es preciso que baya pasado muchos días de ayuno, porque está casi muerta de hambre. EL niño le contó el modo cómo la había encontrado y el medio de que se valió para cogerla.

—Entonces,—dijo el padre,—no es de admirar sí tiene hambre.

La madre dió de comer al animalito, presentándole al efecto una taza de leche que se tragó en un momento.

—Tú puedes criar este animalito,—dijo Roberto á Nicolás.—Tendremos un miembro más en nuestra familia; y nunca le faltará de comer con los restos de la mesa; y no temas que deje de acudir á la cabaña á las horas de comer. Con el tiempo se irá domesticando y por fin se quedará en la casa. Nicolás la miraba como una propiedad que de derecho le pertenecía, y era el que más cuidado tenía de su raposa; y así fué que el pobre animal le cobró cariño. Jugaba con ¿3 y

le seguía lo mismo que un perro.

Pronto el instinto hizo su efecto, y la raposa cumpliendo con su natural profesión robó un pollo del corral y fué á comérselo detrás de una retama no muy lejos de la cabaña, y la madre que lo observó se puso á gritar, pidiendo auxilio contra el ladrón. Acudió el padre y de pronto quiso matar al agresor; pero se interpuso Nicolás, y sus súplicas alcanzaron el perdón del criminal bajo la precisa condición de que sería expulsado de la casa hospitalaria á perpetuidad.

Al día siguiente el herrero del pueblo inmediato fué á la cabaña con su carro á cargar de carbón; vió la raposa y significó que desearía poseerla.—Mis hijos,—dijo,—se divertirán jugando con este animalito: y como Nicolás no lo podía conservar, se lo regaló, habiendo prometido el herrero que en cambio le daría algo: pasó una cuerda por el pescuezo de la raposa y subiéndola al carro la ató. El pobre animal no perdía de vista la cabaña, y manifestaba el sentimiento que tenia, viéndose alejar de su casa, y Nicolás también miraba el carro desde la puerta de su cabaña, hasta que desapareció entre los pinares.

—Deja que se vaya,—le decía á Nicolás el buen Roberto.—Un ladrón no merece otra suerte que ser arrastrado con una cuerda al cuello. Si tú llegases á ser tan perverso como tu amigo, por más que te estime, te echaría, de mi casa, y divagando por el mundo irías á concluir tus días en la horca.

III

Nicolás olvidó su raposa y continuó en su tarea con sus cabras conforme tenía la costumbre; hasta que por fin un día excitado por la curiosidad fué remontando la montaña y llegó al pie de las ruínas. Una hora antes de anochecer recogió las cabras para regresar á la cabaña, las contó y vió que lo faltaba una. La buscó en vano períodos aquellos derrumbaderos, y figurándose que probablemente la cabra estaría extraviada entre las ruínas, se determiné á filtrar; recordó las advertencias de su padre, pero de repente lo dominó la curiosidad, y ésta lo pareció excusable por la precisión de buscar la cabra extraviada.

Todavía existía parte de la puerta principal, y fué divagando por el interior entre las hierbas y las ruínas, mezcladas con pinos y otros árboles que habían arraigado y crecido naturalmente, y desde el pie de la torre miraba con atención su solidez, al paso que se elevaba hasta las nubes; había abierta una poterna y por ella se introdujo Nicolás aquella torre, pero el interior estaba también lleno de escombros y arbustos. También crecía la hierba y la parietaria en el alto de los muros; y Nicolás viendo aquella destrucción se extremeció y dijo:—Bien tiene razón mi padre: que el crimen tío queda impune. El criminal se seca como la hierba que crece en estas ruínas.

Pensando en esto un sudor frío le humedeció todo el cuerpo: le cogió el miedo, y se precipitó huyendo de aquella horrible perspectiva; pero tí lo mejor vió hundírsele el terreno que pisaba, y envuelto en las mismas hierbas y arbustos, cayó en un precipicio tan profundo como un pozo.

Era una cueva ó subterráneo, cuya bóveda consumida por el tiempo y las humedades cedió al peso de un cuerpo humano;

y sí bien Nicolás no se hizo el menor daño, el aspecto de aquel subterráneo era horroroso, estando poblado de sapos, lagartos y culebras, que sufrieron la misma suerte que él, cuando se desplomó la bóveda, y silbaban á su alrededor. En vano pidió socorro. La voz se perdió por entre aquellas escombros.

Llorando se sentó sobre un montón de ruínas, y mirando al cielo pedía á Dios que le amparase en tan terrible conflicto. Estaba claro y al pobre Nicolás nunca le había parecido tan hermoso.—Oh Dios,—decía:—nadie sabe que yo esté aquí, y ésta será mi sepultura. Perdona mi imprudencia! Desobedecí á mi padre y ahora sufro el castigo de tal falta. No cesaba de llorar, al paso que iba oscureciendo y las sombras de la noche iban á cubrir de luto aquellas fúnebres ruínas: afortunadamente la luz de la luna, atravesando las grietas de la torre, descendía hasta aquella profundidad; pero ella misma servia para aumentar el terror de aquel joven, describiendo sombras errantes que parecían divagar por las ruínas. Nicolás temblaba de miedo y se desconsolaba, porque preveía el fin de sus días y los tormentos que le debían preceder.—Señor Señor! sálvame de este apuro.

Así pasó parte de la noche con mortales angustias, hasta que por fin se durmió.

IV

El pobre Nicolás cuando despertó vió brillar el sol en todo el interior de la torre y pareció consolarse viendo aparecer el día; mas pronto volvió á llorar considerando su posición.—Señor,—decía,—permitid que regrese á mi casa! Perdonad mi imprudencia! Así pasó toda la mañana, suspirando, orando y llorando; sólo oía, de cuando un cuando el canto de los pájaros que reposaban en lo alto de los muros y aquello redoblaba su tristeza y decía:—Quien tuviese alas como vosotros para salir de esta profundidad!

Hasta entonces no había pensado en comer; pero acosado por el hambre echó mano del pan y del queso que tenía en el morral; pero la comida le despertó la sed y ésta fué su mayor tormento. Esto lo tenía abatido, y en medio de su terror volvió á dormirse.

Así pasó parte del día hasta que le despertó un viento huracanado, que silbaba por entre bis grietas de aquel ruinoso edificio. Ya anochecía y el cielo estaba cubierto de espesas nubes, amenazando terrible tempestad. Nicolás temblaba, no esperaba llegar al siguiente día. No le quedaba otra esperanza que la muerte, que os el triste consuelo de los afligidos. Los relámpagos se sucedían los unos á los otros y los truenos que resonaban en aquellas concavidades aumentaban el terror; pero en tan terrible confusión Nicolás experimentó un consuelo aprovechando el agua que manaba de las hojas para remediar su sed.

Nicolás confiaba, sin embargo, que su padre por fin llegaría hasta allí: y en aquel momento oyó pasos encima de la bóveda, pero mis ligeros y seguidos que los pasos de un sér humano. No podía ser el padre, pero no podía atinar quién pudiera ser. Al resplandor del relámpago vió una cabeza que

asomaba, mas no pudo divisar si era de hombre ó de animal: y esta aparición desapareció.

Poco después oyó un raído muy cerca y le pareció también que gemían. La tierra se removía, como si hubiese alguno que minase el terreno, y Nicolás aterrorizado se arrimó al opuesto muro; no obstante el ruído aumentaba y á lo mejor se vió el joven acometido de un monstruo que le abrazó, Nicolás dió un grito y entonces al resplandor de un relámpago vió su querida raposa.

Todo el terror que aquella visión le causaba desapareció, convirtiéndose en alegría á la vista de aquel animal. La raposa le hacia mil caricias, al estilo de los perros cuando después de mucho tiempo encuentran á sus amos.—Pobre animal!—decía Nicolás.—Seas bien venido. No has olvidado que yo te salvé la vida y has querido desquitarte salvando también la mi a. Mirando una cosa que le pendía del cuello vió que era un pedazo de cadena que era el resto de la que tenía en la casa del herrero, y que ella consiguió romper. Consolado Nicolás con aquella compañía, buscó un paraje menos húmedo y allí se sentó, teniendo á sus pies al generoso animal.

V

Luego que amaneció, Nicolás empezó su registro examinando detenidamente el lugar por donde la raposa entró en el subterráneo, con el fin de ver sí podría salir por el mismo agujero que á ella le servió de entrada. Notó á sus pies una pequeña abertura y quitando los escombros descubrió un estrecho pasadizo, y habiendo intentado pasar por allí pronto se halló en la mayor oscuridad. La galería era muy larga, pero no quedándole Nicolás otra esperanza, continuó avanzando hasta que por fin salió á la grieta de un peñasco.

Es inexplicable su alegría, cuando se vió libre y sano casi al pie del valle; le pareció haber salido del sepulcro y cayendo de rodillas, dió gracias á Dios por haberle redimido de la muerte y de los horrores de aquella soledad. Se puso de pie y sin detenerse más, corrió precipitadamente bacía la cabaña; la raposa le seguía.

Durante su ausencia, la familia del carbone estaba desconsolada. Cuando en la noche de aquel acontecimiento volvieron las cabras la cabaña sin el pastor, aquella circunstancia les alarmó, considerándola como presagio de una desgracia, y el padre y la madre pasaron toda la noche recorriendo el bosque y llamando á su hijo; mas éste no podía contestar. El padre no pensó jamás en llegarse al castillo, porque sabía que su hijo no iría allí en atención las conversaciones que ambos hablan tenido. Temían que hubiese caído en algún precipicio, ó que tal vez lo hubiese arrastrado algún torrente.

La mañana del segundo día aumentó la tristeza y desesperación de la familia, viendo que Nicolás no parecía, ni tampoco había indicio alguno de tan inexperada desaparición. Reunidos en la cocina lloraban y oraban y sólo pensaban en

su querido Nicolás; y luego que éste se presentó, un sólo grito resonó por la caballa: pues todos á la vez pronunciaron la misma exclamación.—Hijo mío!—decían los padres.—Hermano querido!—exclamó la Tecla;—todos se precipitaron á sus brazos, expresando su alegría.

Cuando se hubieron calmado los ánimos, Roberto le dijo:—Nicolás: cuéntanos lo que te ha sucedido. Cómo has estado ausente dos días, llenando de desconsuelo nuestra casa?—Alguna desgracia habría sido la causa; pero la madre más atenta á la conversación del hijo, no quiso que empezase su historia hasta que hubiese comida unas sopitas con leche, que al instante le presentó conociendo por su aspecto que estaba débil y que lo primero que convenía era reparar aquella necesidad.

Nicolás comió, dió parte de su comida á la raposa en que hasta entonces nadie se había fijado, y en el entretanto iba refiriendo su historia, oyéndole con atención los padres y la hermanita.

VI

Mientras duraba la relación, la madre y la hermana lloraban; y el padre dijo:—Sí, hijo mío, la desgracia nos enseña á orar. La Santa Escritura dice: Llámame cuando estés en peligro y yo le ampararé.

Cuando Nicolás habló de los aullidos que oía en aquel subterráneo y de las sombras que veía pegadas al muro, Tecla exclamó;—Yo estaría muerta de miedo: calla, Nicolás, no digas esas cosas.—Hija mía,—contestaba el padre:—las fantasmas eran aves nocturnas que describían en la pared aquellas sombras.

Nicolás refirió el modo cómo su fiel raposa había ido á encontrarle, enseñándole de este modo la salida del subterráneo.—Yo no creo,—dijo el padre,—que ésta fuese la intención de la raposa. Puede ser también que por el cariño que te tiene te haya buscado; pero éste no es su instinto; sin embargo, el agradecimiento de este animal debía servir de modelo á los hombres y enseñarles á no ser ingratos.

Entonces refirió Nicolás cómo salió por una larga galería, la misma que había servido de entrada á la raposa, de manera que de todos modos yo debo mi salvación á esto animalizo, y le pasaba la mano por el lomo. La zorra agradecida lo lamía.

—Es Dios que te ha librado,—dijo la madre;—y este animal le sirvió de instrumento. A él debemos dar las gracias por tan singular favor. También es Dios el que excitó tu piedad á favor de este animal, destinándolo, sin duda, para que un día te salvase. Créeme, hijo; en todo está la mano del Señor. Si tú hubieses sido cruel como otras criaturas, y en lugar de compadecer á la zorra, la hubieses atormentado ó muerto, en el día en castigo de tu crueldad estarías sepultado en

aquellas minas y tu cuerpo seria devorado por las aves de rapiña. Este es el fruto de una buena acción. Por lo mismo os he recomendado siempre que no maltratéis á los animales.

El padre añadió:—Si un animal, que carece de inteligencia para raciocinar es capaz de hacer semejantes servicios al hombre, con cuánta más razón debe prestarlos éste á sus semejantes? Por lo mismo os encargo que nunca seáis daros con el hombre por mísera que sea su posición. Semejante conducta sería contraria al amor que debemos á Dios y á nuestros hermanos; pues todos lo somos ante el Señor, y ni mismo tiempo seria en perjuicio del mismo que así faltase á las leyes de la humanidad. Por la misma razón debemos ser humildes y contemporizaren cuanto sea posible, con todos nuestros semejantes, sin ser crueles con los otros seres, mayormente con aquellos que Dios crió para nuestra comodidad.

Después el padre reprendió al joven por su desobediencia,—Muchas veces te previne que no pusieses el pie en aquellas ruínas por miedo de que te causases un mal. Hasta te lo prohibí formalmente y Dios te ha demostrado que de un modo ú otro son castigados semejantes actos de desobediencia, aun cuando no tengan el carácter de crímenes. Ves los males que resultan á los niños que no creen á sus padres? Así como tú caíste en la cueva, otros niños caen también en precipicios de los cuales no es tan fácil salir, por haber sido desobedientes á sus padres y haber desestimado sus consejos.

Al siguiente día acudió el herrero para hacer su provisión, y luego que vió la raposa, dijo;—Ya me presumí que estarías aquí. Por lo mismo me he provisto de una cadena más recia que la otra. Esta no la romperás. Volviéndose á Nicolás, le dijo:—Te había prometido un regalo en cambio, pero no lo tengo á mano; coma esta moneda,—y le presentó un peso duro, pero el joven lo retiró.

—No, jamás daré yo por dinero un animal que me salvó la

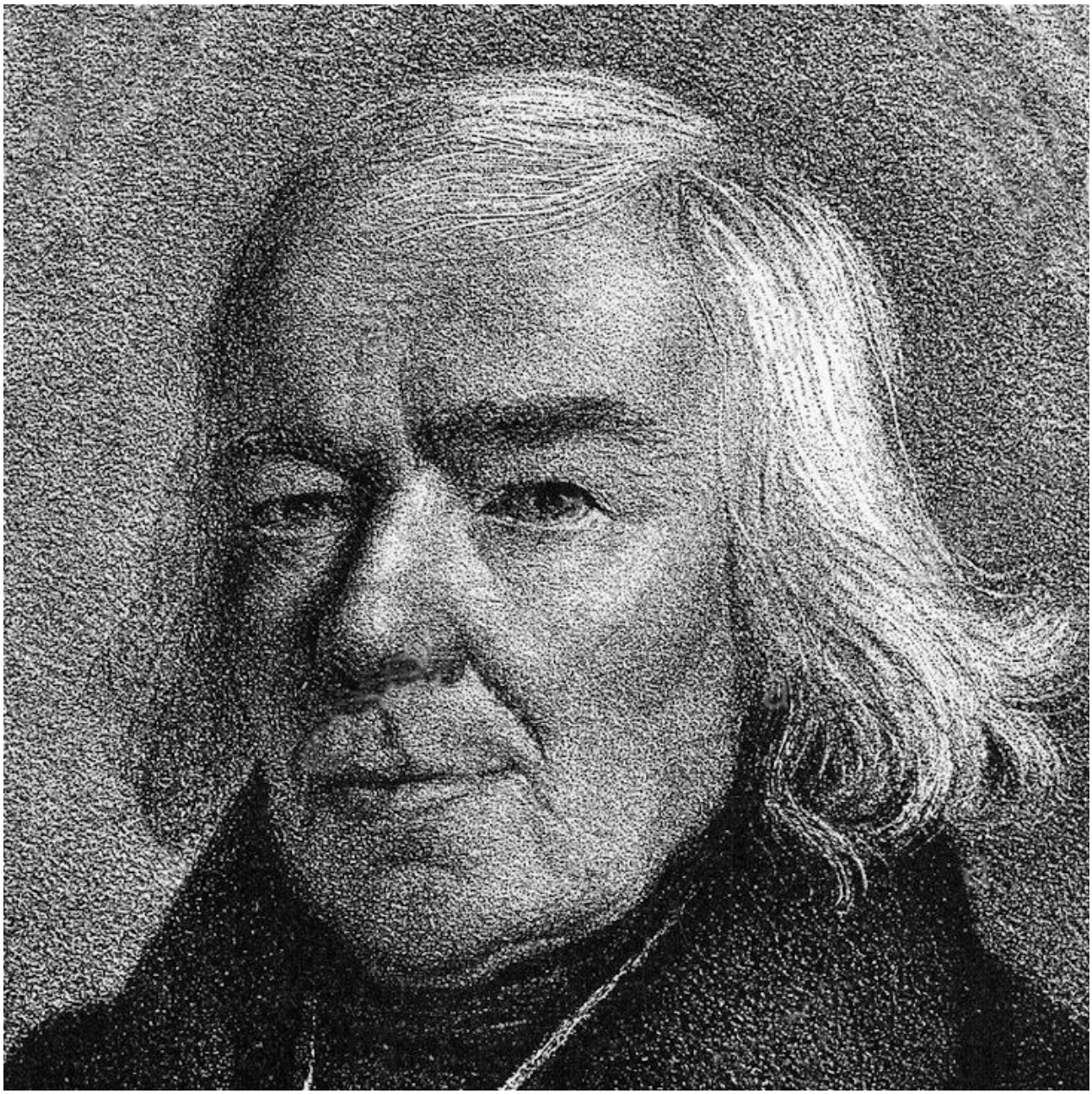
vida. Entonces refirió al herrero el servicio que le había hecho la raposa en tan terrible situación;—aun cuando me diese V. mil monedas como ésta no lo cedería.

—Tienes razón,—le contestó el herrero;—guárdate la zorra. Esto no quitad que yo te dé lo que te prometí y además la cadena; porque de lo contrario devoraría todas las gallinas y los patos del corral. Es preciso que la tencas atada.

El domingo siguiente toda la familia fué á la iglesia para dar gracias á Dios por la salvación del hijo; y al medio día fueron juntos á visitar las ruínas, por el deseo de ver el sitio en donde Nicolás estuvo sepultado por espacio de dos días. Luego que llegaron á lo alto de la montaña, Roberto dijo á su familia:—Dejadme entrar el primero y seguidme á fin de que no nos suceda otra desgracia, Examinó la poterna para ver si se podía entrar sin peligro y si el terreno era sólido para sostener el peso de una persona. Siguieron los demás y cuando la madre vió aquel precipicio exclamó;—Oh Dios! qué horroroso es este sitio! Bien podemos decir: el mismo Dios que nos precipita en el abismo nos saca de él según su voluntad.

—Así lo dice la Escritura,—contestó el padre.—El Señor permite el mal para hacernos arrepentir y castigándonos por nuestras faltas y enviándonos el arrepentimiento, acostumbrarnos á la paciencia y á la resignación, á fin de que le reconozcamos y sirvamos, conociendo nuestra impaciencia y su poder, Nicolás ha hecho la experiencia por sí mismo, y bien podría decir como David: Señor, vos habéis permitido que el dolor oprima mi corazón; pero vos mismo habéis vuelto hacia mi; me devolviste á la vida y me arrancaste del abismo.

Christoph von Schmid



Christoph von Schmid, cuyo nombre completo era Johann Christoph Friedrich von Schmid, nacido el 15 de agosto de 1768 en Dinkelsbühl, y fallecido el 3 de septiembre de 1854 en Augsbourg, fue un escritor alemán de libros para niños y de escritos religiosos, quien también se desempeñó como sacerdote católico.

Este escritor en lengua alemana es reconocido como un

precursor en lo que se refiere a la literatura infantil, ya que sus obras reflejan el vocabulario y el modo de expresión espontáneo y verbal de los niños, alejándose del lenguaje utilizado hasta ese momento en los libros orientados a los más pequeños, una época en la que además, pocos autores se dedicaban a escribir para niños y jóvenes. Sus obras sin duda fueron exitosas, pues entre otras cosas fueron traducidas a varias diferentes lenguas. Particularmente en Francia, sus escritos comenzaron a difundirse a partir de 1816, y fueron reeditados varias veces, y en el año 2013 fue publicada una recopilación de sus cuentos.

Sus obras pronto alcanzaron gran polutaridad en Alemania, donde es considerado como el príncipe de los escritores de historias para niños y jóvenes. Corresponde destacar también que en el ámbito religioso, unas cuantas diócesis todavía usan sus libros sobre temas religiosos, incluidas algunas diócesis católicas de América del Norte.